

TIPOS Y BOCETOS

DE LA

# EMIGRACION ASTURIANA

TOMADOS DEL NATURAL

POR

EDUARDO GONZALEZ VELASCO



MADRID

IMPRENTA DE LA REVISTA DE LEGISLACION

á cargo de M. Ramos.

Ronda de Atocha, número 15.

M D C C C L X X X

186.646  
146227  
111

R. 148.763

## PRÓLOGO.

---

El autor de este libro no es asturiano. Con decir esto censuro implícitamente á todos aquellos paisanos míos que, pudiendo, no han escrito hace mucho tiempo el libro que el Sr. Velasco, un andaluz, escribe ahora.

Pero ay, ¡cómo habian de combatir la *emigración* los escritores asturianos, si ellos tambien emigran! Campoamor, Lorenzana, es decir, el mejor poeta y el mejor prosista de España, son ni más ni ménos que el aguador y el cochero de que va á hablarnos el Sr. Velasco, dos emigrados, dos hijos de Asturias que en vez de la cuba y el látigo tienen la pluma y la lira, pero que no están por eso ménos léjos de su pátria. ¿Ménos? Mucho más léjos: el fin, el aguador es avaro; para volver á la tierra, tiene la nostalgia del terruño. Y Campoamor, cuando el alma y el cuerpo le piden la vida de la naturaleza, toma el tren del Mediodía y se va..... á Matamoros, es decir, á Levante, con desprecio de nuestras brumosas riberas y montañas.

El Sr. Velasco ha vivido muchos años en Asturias y, hombre de ciencia y hombre de arte, ha sabido leer *entre líneas*, si vale en este punto la frase, lo que dicen nuestras costumbres, lo que dice nuestro suelo. Por eso escribe él este libro, que debió haber escrito mucho ántes un escritor de Asturias.

Yo no culpo á nadie, pues para buscar el pecado original de la emigracion del talento, habria que hablar mucho y referirse á materias en que seria necesario extenderse más de lo que permiten los límites naturales de un prólogo.

Decia que el Sr. Velasco ha sabido estudiar nuestras costumbres y nuestra naturaleza. Del estudio de nuestro estado social ha sacado tristes enseñanzas. Estamos muy enfermos; uno de los peores síntomas es la *emigracion*, efecto de muchos errores y vicios jurídicos y económicos, causa de innumerables males. Pero Dios puso la triaca junto el veneno. Ha dicho Rousseau que la filosofía más difícil es la filosofía de lo que tenemos más cerca y vemos todos los dias. Por eso los asturianos no hemos comprendido hasta ahora la *crematística*, que nos está enseñando el suelo de Asturias desde hace siglos. El suelo y el subsuelo. El sábio, el pensador, oye esas voces subterráneas de las minas que gritan ¡riqueza, riqueza! Es como el gnomo, que tiene ojos que ven al través de las rocas.

El artista, el poeta, oye otras voces que suenan en nuestros valles y ruedan con las torrentes por nuestras montañas y entre las hojas de nuestros bosques, voces que claman ¡belleza, belleza!

Pero *Toribio, Paxin, Domingo, Xuan.....* no oyen nada de eso. Y no es que no les suenen los oídos, pero les suenan así: ¡Madrid....., Cuba....., Buenos-Aires....., Montevideo!

Ya que no oyen la voz de la naturaleza, que oigan la voz del hombre. El libro del Sr. Velasco, además de ser muy bello, puede ser muy útil..... si los asturianos dan en leerlo. ¿Será su voz, voz del que clama en el desierto? No lo quiera Dios.

Yo bien sé que en España no se leen los libros, especialmente cuando son útiles, pero no atrevo á aconsejar al lector (al lector español, ese ente de razón que nunca escucha, aunque siempre se le está hablando) que empiece, por lo ménos, el libro de Velasco.

Porque si empieza, yo respondo de que leerá hasta el fin. El autor es artista he dicho, y comprendiendo que entre nosotros, si algunos se leen, son los libros *amenos*, ha aprovechado sus facultades de poeta para dorar la verdad, que suele ser para el español la píldora más amarga, y aún para los extranjeros.

No quiero distraer al Sr. Velasco de sus trabajos científicos, diciéndole al oído una tentación;



pero lo diré al lector, lo que él ha de conocer luego. El Sr. Velasco podría ser un excelente novelista de *paisaje* y más podría atreverse con el dibujo de la humana figura. Sería un novelista del naturalismo, según lo entienden los que lo entienden bien. Léase la Odisea del pobre *indiano que va*, como dijo Moratin; léase la descripción del camino de la Iglesia en la historia del aguador; léase el diálogo entre el cochero y su colega..... léase mucho más y se verá prueba plena de lo que digo.

Respecto al fondo útil de la materia, el señor Velasco prepara obra de mayor desarrollo, en que adquieran nueva fuerza y relieve los argumentos que en la presente expone contra la plaga de la *emigración*, que nos lleva, como dice San Mateo, la sal de la tierra.

LEOPOLDO ALAS.

Oviedo 7 de Abril de 1880.



TIPOS Y BOCETOS

DE LA

EMIGRACION ASTURIANA.

---

## DOS PALABRAS AL LECTOR

---

Vasta materia ofrece al pensador que se interesa por el porvenir de la provincia de Asturias, digna de mejor suerte, el pavoroso problema de la emigracion, síntoma el más alarmante del pauperismo modernó, y cuyas fatales leyes, anunció el economista Malthus. Las causas determinantes siempre son las mismas, várias y complejas; destácase en primera línea en este Principado, la forma y manera de ser de la propiedad, que aleja todo estímulo y mata en flor toda iniciativa; fundada su organizacion en tradiciones locales, no puede contribuir al desarrollo de la produccion en la edad presente; las relaciones entre colono y propietario suavizadas por las costumbres, se han modelado al carácter que este siglo impone, mas el progreso en todas sus manifestaciones no ha echado raíces; y sin embargo, seria injusto negar el relativo afecto que se profesan, las rentas que se condonan, los plazos que se conceden; por esto, es la caridad velada, si se quiere, por otra fuerza mayor; es la impotencia cubriéndose con la capa de la filantropía, pero sin constituir derecho. No es, por cierto, el rasgo característico de esta poblacion rural el espíritu de aventura;

se apega al término de sus aspiraciones, mas careciendo de capital, busca en extraña tierra lo que le niega la propia.

No pudo ocultarse á la alta penetracion y sabiduría del eminente é ilustre Jovellanos, gloria de este país, situacion tan anómala, y algo indicó, en su famoso informe sobre la ley agraria; el mal es grande, sus efectos deplorables; urgentes los remedios, pues si no se atiende pronto á estirpar de raíz esta enfermedad social, ni numerosas vías de comunicacion, ni puertos comerciales, ni capitales extranjeros atraídos por la industria, á que tanto brindan sus productos naturales, conseguirán otra cosa que alargar la vida del enfermo, como mísero paliativo en crónicas dolencias. Así como en las provincias andaluzas el problema social se manifiesta en sus aplicaciones, á la manera de comunismo, ageno á toda escuela filosófica, como lógica consecuencia de la forma que afecta la propiedad, así en esta faja cantábrica se impone la emigracion como obligada protesta de las leyes que rigen el usufructo del suelo.

Examínese con imparcialidad, recto juicio y ánimo sereno la situacion, y se verá cuán deleznales son los argumentos empleados por aquellos que conceptúan como origen del mal el corto rendimiento de tierras, esterilizadas en su mayor parte, y el exceso de poblacion. Puede asegurarse no existe país alguno que suministre menor número de emigrados que la Bélgica; segun datos estadísticos recientes, cuenta una superficie de 2.945.506 hectáreas, de las cuales se ex-

plotan 2.663.753 por una poblacion de 5.087.105 habitantes. El Principado de Asturias ocupa una extension superficial de 1.035.306 hectáreas, y sólo cuenta con 576.352 habitantes; resulta, pues, en la primera, una densidad de poblacion de 172 almas por kilómetro cuadrado, mientras en la segunda sólo existen 53, contándose, sin embargo, entre las más pobladas de España; no es por lo tanto exacto que este factor influya en la determinacion del mal como se pretende.

Interviene en mayor escala el primero de los citados argumentos; ciertamente que la tierra produce poco; pero es susceptible de mayores rendimientos, el dia que una ley de foros estimule al colono á estudiar los cultivos más propios á cada localidad.

Mientras el *caserio*, que alberga y sostiene una familia más ó ménos numerosa, le constituye una extension de terreno, que por término medio, no excede de cuatro á seis dias de bueyes, repartidos forzosamente segun las necesidades del labrador ó casero, uno si lo permite la calidad de las sierras para escanda destinado á pago de la renta, otros por maíz ó pan del año, y los restantes para miserable huerta y prados donde pacer las vacas, cuya leche sirva para la *fariña*, con que se han de alimentar muchos meses, ni el propietario obtendrá más de 1  $\frac{1}{2}$  por 100 de interés del capital tasado, ni aquellos infelices emplearán su actividad y trabajo en abonar cual requieren tierras esterilizadas por esta falta, pues no merece el nombre de abono el *cuvo* que en la *quintana* produce el paso del transeunte, ni se roturarán terre-

nos yermos, que en inmensa cantidad cubren la superficie de la provincia, ni adquirirá el desarrollo que ofrece en el porvenir la riqueza que encierran. ¡Cuán diferente sería, si se favoreciese por leyes protectoras la conversión del colono, en propietario; del jornalero, en colono; así el Estado contaría con un contribuyente más, y la sociedad con un proletario menos!

Otra y no menos importante de las causas de este azote, es el horror invencible que inspira el servicio militar, que supera al natural de atravesar los mares sin titubear un solo instante en la elección. Inútiles han sido cuantas precauciones se han tomado por autoridades celosas para atajar el mal; se apela á todos los medios y procedimientos, sean ó no legítimos, y confundidos el terror de los padres con la ignorancia de los hijos, logra vencerse la santa repugnancia de abandonar el hogar paterno. En la disyuntiva de pagar esta contribución de sangre en *especie*, ó librar al sér querido á los azares de la emigración, no hay momento de duda, la madre entrega al hijo, aunque le arranquen un pedazo de su corazón; al ménos reflexiona entre otra clase de *suerte*. Angústíase el alma cuando considera las luchas y tempestades que en estos espíritus toscos se desencadenan entre las afecciones más puras y los intereses más mundanos, olvídense en ellas, ó se prescinde al ménos, de la sana moral, de la conciencia que juzga, y de las leyes ineludibles que siguen al sentimiento é intentan reparar el mal, sustituyéndole por otro de consecuencias más funestas é inseparables para el bienestar general.

La emigracion asturiana, se alimenta, á mi pobre juicio, de este antagonismo de intereses y necesidades; el casero hace instintivamente al balance del porvenir que le está reservado á su numerosa prole, mientras sus pequeñuelos juegan en el prado ó próximo castañedo bastándoles la *borrona* del dia; llegada la época de la pubertad, le falta trabajo para ocuparles en la heredad ó foro que cultiva, le amenaza la *quinta*, y aquél ó aquéllos, que segun su criterio reúnen la aptitud física para soportar las fatigas de un viaje más ó ménos largo, se desprende de ellos, pidiendo al cielo les proteja; si consigne una *beca* en el seminario ó plaza en el convento de Corias, lo conceptúa con la mayor dicha, pues un hijo sacerdote, es por regla general amparo de sus padres y ayuda de su vejez.

Ofrece caractéres y tipos tales esta malhadada emigracion, que interesan su pretensiones, desdichas y consecuencias; para ciertas zonas el porvenir está en Buenos-Aires, en otras en la Isla de Cuba; las hay en que sólo aspiran á Madrid, Sevilla, alguna vez Portugal; el trabajo á que han de dedicarse le es indiferente, se suponen con aptitud para todo, mas sea tradicion, sea rutinaria é inesplicable tendencia, se muestran propicios á ciertas tareas que parecen en ellos vinculadas. Excepcion hecha de los que se dirijen á Ultramar, á casi todos se les verá figurar como camareros de café ó fonda, ayuda de cámara, cocheros y aguadores; y los que proceden de la region S. O., como agentes, zurupetos de la Bolsa, ó cobradores de letras. Pudiera trazarse con líneas rojas sobre la carta

de España, las corrientes que engendra esta calamidad, que cual la *filoxera* en vid frondosa constituye el parásito de la riqueza de este país.

No pretendo, puesto que no soy doctor en estas ciencias, indicar el procedimiento para estirpar el cáncer; aspiro sólo á poner de relieve el *fenómeno*, señalar el riesgo, perfilar los tipos, bosquejar bocetos, y describir, ignoro si con acierto, las vicisitudes y angustias del emigrado, aún cuando le acompañen excepcionales condiciones de buena ventura; le acontece como al ignorante viajero, que en tenebrosa noche encuéntrase perdido en impenetrable bosque, y fia sin embargo su salvacion á las fuerzas que presta la juventud ó inesperado auxilio de fantástico sér, protector de los extraviados.

Si al elegir los tipos he preferido aquellos que han realizado sus ideales, exíguo número si se compara con el de los desgraciados, cúlpese á la índole misma que entraña el hecho, pues si los favorecidos arrosaron tantas desdichas, ¡cuánto más dignos de compasion serán los infelices, que además de sufrirlas no mejoraron de condiciou ni merecieron siquiera ser citados en el catálogo general de los aspirantes á fijar la rueda de la fortuna. El que muere en tierra extraña, ó vuelve tan pobre como marchó, no deja en pos de sí huella alguna que influya en apagar la sed de la expatriacion; el que vuelve rico, en cambio, es el objetivo y poderoso argumento de las madres, blanco de la envidia y aguijon del deseo.

Este sér afortunado es la encarnacion viva de la



leyenda transmitida de unos á otros, como tangible prueba de realizacion; fascina y produce vértigo en aquellos incultos cerebros, su aparicion en la aldea; se le señala con el dedo como ejemplo, al hijo rehacio á quien no seducen ilusorias esperanzas; con su presencia mantiene en ebullicion las tradiciones; decide al irresoluto, da alientos al necesitado que se resigna, y á éste, quizá único eslabon salvado de la cadena rota por los infortunios, vienen á forjarse los de la nueva que ha de reemplazarla en este trabajo de Sisifo á que se condena el emigrado.

Por desgracia estos tipos rara vez utilizan la riqueza adquirida en el desarrollo y prosperidad de la comarca que les vió nacer; existen, es cierto, honrosas excepciones, pero la ley general es casi inconstante para el *Indiano*, que con este nombre son conocidos los procedentes de la emigracion ultramarina; estos suelen colocar sus fondos en títulos de la renta extranjera ó del país, se establecen en villa poblada, ó en la capital, se entregan al ocio del que son víctimas en corto plazo, pues el tránsito de una vida activa y laboriosa á la de holganza, le acarrean enfermedades que hacen insoportable su vejez. Aquel de entre ellos que se emancipa de esta ley empleando su actividad, aptitudes y capitales en la mejora y progreso de la localidad en que vino al mundo, es á su vez víctima de otro género de sufrimientos: en él se ceban las malas pasiones, su celo se interpreta como avaricia; su trabajo como orgullo, vanidad y hasta escándalo para el que le vió salir con el morral á la espalda; á

cada proyecto suyo le cierra el paso un pleito, origen de serios disgustos, y desembolsos sin cuento; sus paisanos si le envidian, no lo consideran ni respetan, excepto cuando le necesitan; para ellos siempre es el hijo del tío Fulano, que al intentar aquellas reformas aconsejadas por su práctica, no es bien de la comunidad el que le guía, sino formar contraste con la miseria que le rodea, y hacer alarde de sus doblones.

Tal es la situación creada por causas conocidas, fáciles de hacerlas desaparecer, unas por el legislador, otras por las relaciones y frecuentes tratos con el resto de la Península, merced á vías de comunicación bien indicadas que cambian las corrientes de las transacciones y transforman el cultivo, desengañando al labrador de la inútil y estéril tarea que se impone, cuando el clima, suelo y sus propias facultades le estimulan á otras industrias agrícolas, más fecundas en resultados.

Recientes ejemplos alientan tan grata esperanza; la fabricación de manteca introducida á costa de grandes sacrificios, abrió seguro mercado á la leche, cuyo producto era superior al consumo y causa de menor precio, influyendo directamente en el aumento de ganado vacuno, si bien no en la proporción que correspondía á la demanda de carnes, creando industrias, cuyos rendimientos aliviaron la suerte del colono. Mas sea por la onerosa comandita de la *comuña*, sea por dedicar á la siembra de maíz terrenos de mejores condiciones para prados donde criar el ganado, sea por carecer de abrigos propios en invierno y forraje

para aquel que les proporcionaría mayor peso en las carnes, y piel más fina para el curtido; el resultado es que esta rama de la industria pecuaria no prospera, en relacion á los elementos con que cuenta. La exígua produccion del maíz, áun en los más ricos valles, la cada dia más difícil de la escanda, que en terrenos fértiles siquiera representa 2 1/2 simiente, son causas contribuyentes de la despoblacion, que acentuándose más en los varones, deja la labranza á cargo de las mujeres, cuyo *efecto útil*, siendo muy superior, merma los beneficios y hace más precaria la existencia de la familia. Y sin embargo, se le ofrece el maíz procedente de los Estados-Unidos, Inglaterra, Mediodía de España, mucho más barato que el producido en la provincia, á cambio de avellanas, que la produce en abundancia, y de carnes solicitadas en grande escala por aquellos mercados. La diferencia de precios en el maíz, bastaria por sí sola para aconsejar el abandono de su cultivo, más propio de países meridionales, reemplazándole por prados y bosques, fomentando la cria de ganado caballar, mular, vacuno y de cerda; utilizando á la vez las maderas de construccion y figura, sin rival en el resto de la Península.

Agitase la poblacion rural de la provincia en una atmósfera cuyos elementos difieren mucho de aquellos que le dieron sér, produciendo los resultados consiguientes en esta época, en que si bien el valor de la mercancia ha aumentado, el relativo del metálico ha disminuido, y como el equilibrio no puede establecerse por las causas indicadas, la liquidacion presen-

ta un déficit que sólo puede saldar la emigración.

La decadencia en los momentos actuales, es visible al ojo más inexperto; por fortuna la conceptuo pasajera; y un soplo de bienhechora brisa creará nuevas fuentes de riqueza, arrastrando consigo el celaje que las oculta: la historia de esta provincia lo predice, y las condiciones de la noble raza que la puebla contribuirá á ello con sus esfuerzos.

¡¡Así sea!!



ANGEL, MOZO DE CAFÉ



## ANGEL, MOZO DE CAFE.

### I

Era Angel Custodio, el rapaz más travieso de la Parroquia; emprendedor de aventuras inverosímiles para su edad, capaz de todo, lo mismo bueno que malo; desobediente, atreviduelo, bullidor, pendenciero, en fin, cortado de la misma piel del diablo, cual vulgarmente se dice, por más que su buen tío el cura le había educado en el santo temor de Dios y respeto á sus mayores. Habitaba en la Rectoral, ayudaba á misa casi todos los días y el cariño que aquél le profesaba, cubría, cuando era posible, sus correrías y escarceos; revolvía la huerta, escamoteaba la fruta, pellizcaba á las rapazas, que el santo varón tenía á su servicio, espantaba las vacas, armaba lazos á los pájaros y apedreaba á los transeuntes. Aun cuando había ya abandonado la escuela y su tío, que le dedicaba á la Iglesia, intentó enseñarle el poco latín que sabía, siempre prefirió escapar al monte á buscar nidos en primavera, lanzar bolas de nieve en in-

vierno y cortejar durante el verano en las romerías, que no faltaban en aquellos alrededores.

Cuando los rapacines salían de la escuela, situada en el átrio de la Iglesia, él los capitaneaba, todos le obedecían como á su superior y según las estaciones, los dirigía á las nueces ó castañas, jugar á *sobre*, montar en los carros que conducían el heno ó librar batalla campal en el prado. Ejercía sobre ellos una influencia irresistible, é incluso cuando alguno volvía á casa con un ojo *maduro*, ocultaba á sus padres el nombre del agresor, si había sido Ángel. Crecía éste como la mala yerba, y era de verle como en tarde de domingo con la mejor ropita que tenía, y empuñando ñudoso bastón, trepaba por aquellos vericuetos en dirección á la capilla donde la romería se celebraba. Y era aún más de admirar, el aire y donosura con que bailaba al compás del tambor y pandereta, la gracia con que acompañaba á su pareja en la *danza* y la armoniosa voz que cual torrente lanzaba en la *giral-dilla*. Pirrábanse las mōzas por él y como é llo sabía, las trataba como país conquistado, y aumentaba su fama y cada día su crédito ascendía en el ánimo de aquéllas haciendo correr más de una lágrima en las mejillas de las apasionadas.

Semejantes devaneos y tal conducta, eran para inspirar sérios temores al alma cándida de aquel amoroso tío que con tan santa intención le destinaba al Seminario, no atreviéndose á enviarle al convento de C....., pues su afecto no le consentía separarse para siempre del único sér querido, que constituía tan bue-

na parte de su existencia. Gestionó y obtuvo una *beca* de gracia, merced al alto concepto de que gozaba en el Palacio episcopal; preparóle, medio en secreto, la ropa blanca que necesitaba y un día *velis nolis* le entregó al brazo eclesiástico de los varones, que habian de ser sus maestros. Gustóle poco á Angel esta resolución y la manera de llevarla á cabo: calló por el momento resignado, adoptó cierto aspecto de mística hipocresía y obligada sumision, y empezó á reunir en su mente los materiales necesarios para preparar en su día elementos suficientes de resistencia.

Desde luégo se dedicó y mucho le favorecia para ello, esa al parecer facultad que le adornaba de influir sobre sus compañeros, á estudiar los caractéres y debilidades de los buenos padres; muy pocos dias de estancia en el Seminario, le bastaron para fijar su resolución irrevocable de *ahorcar los hábitos*, pues su vocacion no le permitia destino tan santo en la tierra, y fuerte con esta decision empezó por escribirle al tio una sentida carta, modelo de cariño, respeto y salpicada de razones que apoyaban su demanda de buscar fortuna en otro estado que no le ofreciese los disgustos que presentia. Conceptuóla el buen cura como producto de las primeras impresiones recibidas, y cambio brusco de la vida libre que habia gozado en la aldea con la de encierro, método y órden que reinaba en aquellos lugares y le contestó aconsejándole la resignacion y la paciencia; por desgracia estas dos virtudes no figuraban en las alforjas de Angel y apenas si le eran conocidas. A sus apremiantes cartas, se le contestaba



con el lenguaje propio de la unción evangélica, que era el ménos á propósito para calmar su impaciencia por salir de aquélla para él prision y correr libre por el mundo; su correspondencia fué escaseando hasta concluir por completo; su tío le suponía tranquilo ó al ménos resignado, pues en las cortas visitas que le hizo, aún le encontró sumiso á su palabra y órdenes.

Pero la tempestad se aproximaba; concertada tenia la fuga con otro compañero de iguales pretensiones y como él encerrado sin vocacion; sólo esperaban ambos un momento favorable y éste se le ofreció una visita del señor Obispo anunciada para el dia de fiesta próximo. Decididos á aprovechar la confusion que produjera la llegada de su Ilustrisima, su primera idea fué preparar el traje, pues una vez en la calle, no dejarían de llamar la atencion y descosieron, para ello, las fajas y la costura delantera del *ropon* dejándolas hilvanadas para la ceremonia. Eligieron la huerta como punto de evasion más propio, como lugar apartado y desierto en los momentos de la recepcion, pues el hortelano y sus hijos estarian en el campanario, y ellos conocian el sitio donde colocaba la llave de la puerta de escape. Pasaron la noche sin pegar los ojos entre la esperanza y el temor, y apenas aparecieron los primeros albores del dia, se levantaron cual era costumbre en la casa, y como la visita se verificaria temprano, pues el señor Obispo deseaba asistir y presenciar el acto de confesar y tomar el Santo Sacramento; confundidos con los demás bajaron á la Iglesia para dar la última mano á los adornos de altares y mil deta-

lles que requería la ceremonia. Anunciaron las campanas la aproximación de su Ilustrísima y Rector y Catedráticos, Becas y Medias-Becas, se dirigieron á recibir la bendición de su Pastor.

El momento no podía ser más propicio y mientras en procesion se dirigian á la Iglesia, y en tropel penetraban por gozar del punto de vista que ofrecia el altar mayor resplandeciente de luces, cual áscua de oro, los dos diablejos quedándose rezagados, echaron á correr en direccion de un estrecho callejon que conducia al patio interior y á la huerta, así como tambien al refectorio y escalera principal; algunos Becas lo observaron, mas creyeron irian á todo, ménos á emprender la fuga. Una vez dentro de la huerta, fueron al cuarto de las herramientas, arrancaron las *fajas*, deshicieron los hilvanes de la costura del ropon, sacaron los brazos y se echaron aquél sobre los hombros á guisa de capote, tiraron los bonetes, se apoderaron de las boinas del hortelano y su hijo, que las habian dejado por ir al volteo de las campanas, cojen la llave, abren y hélos en pleno campo dirigiéndose al azar por el primer camino que encontraron. ¿Qué direccion tomarian? Lo ignoraban; no conocian de los alrededores de la ciudad más que á donde alcanzaban los paseos en comunidad. ¿Qué iban á hacer y qué partido adoptarían, careciendo hasta de lo preciso? Igual ignorancia; lo esencial era estar libre y después de andar como una hora, se tendieron en un prado á la sombra de un copudo castaño.

El cansancio y la fatiga producidos por la emocion,

trajeron el sueño; durmieron como unos bienaventurados, mas al despertar, la necesidad de alimento se hizo sentir, y les obligó á hacer el recuento de sus respectivas bolsas; tres pesetas y algunos cuartos contaban para emprender el viaje á lo desconocido. Lo esencial era tomar algo, y para esto les sobraba para el momento; entraron en la primera venta, comieron unos huevos duros, y borona, preguntaron dónde estaban, lo cual infundió sospechas á la ventera, que se fijó en sus trajes con más detenimiento y siguiendo siempre la direccion de la carretera, les sorprendió la noche que les obligó á buscar el refugio, que con cariñosa solicitud le brindaron unos aldeanos. A las preguntas que estos les dirigieron contestaron eran del Infiesto, é iban á colocarse á Madrid, lo que constituia el sueño dorado de sus infantiles imaginaciones; á la mañana emprendieron la marcha con la confianza que presta la ignorancia, y cuando más engolfados iban construyendo castillos de náipes fantásticos. ¡Oh terror! una pareja de la Guardia civil los detiene pidiéndoles sus papeles. ¡Sus papeles! cuando ni para envolver tabaco llevaban en los bolsillos; los guardias les apremiaban con sus preguntas, y á la intimacion de que les siguieran, prorumpieron en copioso llanto, que conmovió á dichos agentes de la autoridad, mientras por otra parte supieron aprovechar esta favorable reaccion para conocer su procedencia y causas determinantes de la fuga. Decidieron, pues, volviesen por los mismos pasos, con ánimo sin duda de entregarles en el Seminario, pero tal fué el terror que esta idea les produ-

jo, que accedieron á dejarles confiados en la Rectoral de..... al cuidado del Sr. Cura, muy amigo del tío de Angel, que se encargaria de enviar aquellos perillanes á sus hogares. Tal resolucion si bien no halagaba mucho á los fugitivos, era preferible á la de ser entregados en mano del Sr. Rector, que ya procuraria que aquellas descarriadas ovejas no se escapasen más del redil; al ménos, les ofrecia probabilidad de conmover los bondadosos corazones del Sr. Cura y del padre de su compañero.

Cuando llegaron acompañados de la pareja, noche ya cerrada, á la puerta de la Rectoral, reuniéronse como por encanto los vecinos de la aldea, que no podian comprender qué delito hubiesen cometido aquellos rapaces; extendióse el rumor de que eran seminaristas escapados, y eran de oír los comentarios de las comadres del lugar, que cuando ménos suponian llevaban aquellos chicos los *malos* en el cuerpo. Encargóse de todo aquel respetable señor, y á la mañana siguiente acompañados del Sacristan y el fiel de fechos, emprendieron la vuelta al hogar paterno, un tanto mohinos, y casi arrepentidos de su calaverada.

Miéntas tanto, notóse su falta en el Seminario; cual era consiguiente les buscaron por todas partes, y pronto descubrieron en la huerta las huellas de su fuga; no convenia á tan respetable establecimiento se diese un escándalo, y lo hubiera sido ponerlo en conocimiento de las autoridades, para la persecucion de los fugitivos; tampoco pareció conveniente avisar á las respectivas familias, mas no por eso se dejaron de

dar pasos, para conocer al ménos su paradero. Al tercer dia lo supo el Sr. Obispo por conducto del Gobernador, á quien dieron parte oficial los guardias, cuya conducta aprobó. Respecto al tio de Angel, la primera noticia, fué la presentacion de su sobrino en un estado deplorable, tal que todo le fué perdonado, máxime cuando creyó leer en su fisonomía los síntomas de un arrepentimiento verdadero. Angelito no hablaba, contestaba con signos de cabeza ó monosílabos, que no le comprometian, á las preguntas que le dirigia el tio acerca de los móviles, que le impulsaron á tomar una tan violenta resolucion. Todas las que á su imaginacion se le ocurrieron, habian sido satisfechas de igual modo, y no adelantando gran cosa, decidió dejar pasar unos dias y observar la conducta que seguia para deducir de ella las medidas que deberia adoptar.

El rapaz no se clareaba, ni dejaba sorprender su secreto; á lo único que contestaba con una negativa absoluta á cuantos se lo preguntaron, fué á la idea de volver al Seminario; por otra parte, bien comprendió su tio, que esto era imposible después de haber incurrido en el desagrado del Sr. Obispo, Rector y Catedráticos. Perplejo tenia al buen cura el porvenir del mozo, pues si bien le destinaba su modesta fortuna, comprendia la necesidad de hacerle hombre, ántes de que se fijase en la aldea; consultó con los notable del lugar, y hasta aprovechó la corta estancia de uno de los más ricos señores de la comarca que residia en Madrid, y estimaba y respetaba al Sr. Cura, y de comun acuerdo, optaron por enviarle á la Corte, y acos-

tumbrarle á ganarse honradamente la vida. ¿Pero á qué lo dedicaban? Respecto á este punto, los pareceres estaban divididos. Pachin, de la tienda, aconsejaba enviarlo á una lonja de ultramarinos, molino de chocolate, ó tienda de sedas. Pepon el feo, prefería se le destinase, prévio algun adelanto como sócio auxiliar de los tratantes en carbon ó legumbres, en lo que habia hecho en corto tiempo fortuna un primo suyo, sobrino de su abuela; unos declinaban á que optase por camarero de café, fonda ó restaurant; otros, le creían con aptitud para cobrador de casa banquera; por último, decidióse el Párroco, si no se oponía á ello su sobrino por enviarle recomendado á un D. Dionisio asturiano, tambien compañero de su niñez, y casi de su misma aldea, que tenia un café en calle céntrica de la Corte.

Bien ajeno estaban los que formaban la tertulia del Sr. Cura, que Angel Custodio, conocia al dedillo sus proyectos, y por más que guardase la más absoluta reserva, gozaba de antemano con la idea de trasladarse á Madrid, que tantas veces se le habia presentado ensueños como un cuento de las mil y una noches, jauja prometida á todo ambicioso y tumba casi siempre de las más risueñas esperanzas. ¡Qué le importaba el destino que le reservaban, ni el oficio que habia de emprender! Ver á Madrid; á esto se limitaban sus aspiraciones por entónces; el porvenir corria de su cuenta.

Cuando el tio adoptando un tono grave, cual correspondia á la situacion, le llamó á Consejo, le expu-

so los antecedentes de su familia sin ocultarle su cariño, le recordó aunque ligeramente, con cuánto placer le hubiera visto ingresar en las órdenes..... (á esto Angel bostezó) y terminó exponiéndole la necesidad de tomar un partido en armonía con sus deseos reducidos á verle establecido con independenciam en aquellos lugares, y para lo cual él carecia de lo suficiente. Añadió que era jóven y podia contar con tiempo para crearse en Madrid ú otra cualquiera parte—aquí Custodio no pudo evitar una sonrisa que se dibujó en sus lábios—un capitalito modesto, ó quién sabe si una fortuna de potentado. Al preguntarle por último si aceptaba, no pudo contenerse, y arrojóse á los brazos del buen anciano. Quedó decidido marcharia la semana próxima, que salia el maragato, y provisto de recomendaciones, los cuartos necesarios para el camino, y la bendicion de su tio, llegó á la coronada villa á los 17 dias de su viaje, alojándose provisionalmente en una posada de la calle de Segovia, ínterin llegaba la ocasion de establecerse en el café de..... del que era propietario D. Dionisio.

---

## II

Lo primero que hizo Angel Custodio al encontrarse sólo en medio de aquella confusión de gentes, tiendas, puestos y vendedores que apenas le dejaban libre paso, fué dirigirse al café de D. Dionisio; era una mañana de otoño, un tanto fría, y desapacible; acababan de sonar las siete, cuando guiado por las indicaciones que también conocía, encontróse delante del café; al principio dudó, pues sólo descubría desde la puerta una especie de bosque formado por las patas de los taburetes colocados sobre las mesas; un mozo en mangas de camisa, barria acompañado de un cantar que él conoció; ni una persona se veía, en cuanto la vista alcanzaba. Aventuróse á preguntar por D. Dionisio, y entónces el mozo le miró de arriba á bajo, empuñó la escoba y le contestó:

—¿De dónde sales rapaz, que haces semejantes preguntas á tales horas?

—Vengo de Asturias, y traigo una carta para el Señor.



—Vamos, tú vienes destinado á la casa; pues no sabes lo que te espera; si crees que aquí has de ganar cuartos, ya verás lo que es bueno; mucho trabajo, mucho golpe de timbre si te descuidas, cara de perro á todas horas, mezquino salario, y pocas propinas.

—No sé —le contestó—si me quedaré, mas deseo presentarme y entregar la carta.

—Pues mira, dá unas cuantas vueltas por esas calles, y cuando oigas las doce, vuelve, que ya estará D. Dionisio en el mostrador.

Angel no sabia qué pensar; por un lado lo que le habia dicho aquel mozo, no era para hacer cuentas galanas; por otro, no comprendia, cómo podia vivir aquel ejército de camareros, á juzgar por los innumerables cafés que encontraba á su paso, á medida que recorría las calles más céntricas. Reservó su juicio para cuando hablase con el bueno de D. Dionisio, y mientras tanto continuando su matutino paseo, se encontró en el Prado, y siguió hasta el Retiro, cuyos frondosos árboles, le recordaron su aldea, y habiéndole deparado la casualidad tropezar con la casa de fieras, se le deslizaron las horas admirando aquellos animales, que no conocia. Puntual acudió á las doce al café, y cual le habia asegurado el mozo, D. Dionisio ocupaba su puesto en el mostrador. ¡Cuánto habia cambiado el aspecto, desde las horas de la mañana! Un tanto cortado, atravesó el local ocupado casi por completo por la parroquia, y con sombrero en mano, entregó la carta y esperó.

Miróle D. Dionisio cuando terminó su lectura de

hito en hito, mientras él daba vueltas al sombrero con la vista fija en el suelo; se quitó las gafas, y le dijo:

—Tienes buena *pinta*, y te quedarás en casa; mas es necesario comiences tu aprendizaje por la cocina; ya te acostumbrarás pronto á lavar la vajilla, y conocido que te sea el servicio, harémos lo posible para que adelantes; vente, pues, mañana temprano, daré las órdenes necesarias, y mientras permanezcas en ese puesto, ganarás cinco reales y la comida; después vendrán las propinas, pues en este sitio no las hay. Dedicarte esta tarde á comprarte en la calle de Toledo ó Plaza Mayor, un vestido de cutí azul para que no estropees ese que traes puesto, y pueda servirte cuando pases al servicio del billar. Nada más por hoy, mucho ojo con los *timadores*, y hasta mañana.

Pocos dias necesitó Angel, no sólo para desempeñar á satisfaccion de su amo cuanto exijia su puesto, sino que dotado de una perspicacia no común á su edad, penetró en los misterios de aquellos bastidores, no ménos interesantes que los conocidos por este nombre. No se dió por entendido, se hacia el sueco, alhagaba al Jefe de cocina, que tambien era repostero y compartia agradablemente con los marmitones y además gente menuda que formaban el servicio. Es verdad que no habia propinas, cual su amo le aseguró, puesto que el público no penetraba en aquel antro iluminado noche y dia por el gas, mas en cambio se sustituian por otros gajes no insignificantes, producto de los buenos deseos y necesidades de todos, y la imposibi-

lidad de que el amo conociera ciertos detalles; los que surtian de leche, panecillos, huevos, chuletas y otras menudencias, necesitaban de la protección del último pinche, y todos prestaban su óbolo; la venta de *tapadillo* de los residuos del café, los menudrugs procedentes de *bollos* pagados por el consumidor, los sobrantes de todo género constituían adehalas bastantes para suplir las propinas. Granjeóse nuestro rapaz la confianza de su amo, sirviéndole con diligencia y celo, confesándole algunas faltas de la cocina que no pudieran comprometerle ni á otro alguno, pero que demostraba interés por la casa, y dadas sus buenas disposiciones, le destinó de *echador* para iniciarle en el servicio de los parroquianos. Pronto comprendió el agudo mozalvete, no convenia á sus proyectos oficio tan baladí, que reunía todos los inconvenientes de una plaza de número, sin ninguna de sus ventajas; solicitó volver á la cocina, pero el amo fué inflexible, pues lo destinaba á otros fines más elevados, como se verá más adelante. Resignóse, y se dedicó al estudio de la parroquia, para el cual le venía que ni pintado, la movilidad exigida por el continuo llamamiento de los mozos sin distinción de mesas. Les llevaba á aquellos para el fin que se propuso, una ventaja inmensa, la de recorrer de uno á otro extremo el local sirviendo los corrillos, tertulias y reuniones de familia, ú otras que constituyen el núcleo principal de un café á ciertas horas, y sobre todo de noche, mientras los mozos de servicio tienen á su cuidado un corto número de mesas, frecuentadas casi siempre por el

mismo personal; tal es el despotismo que el hábito sobre todos ejerce, que no faltan tipos que renuncian tomar café si no le sirve el mismo camarero en la misma mesa, y hasta en el mismo asiento.

Ofrecía aquel oficio mucho campo á las observaciones de Angel permitiéndole discurrir de grupo en grupo, tomando lenguas acerca de la posición y fortuna de los que en ellos figuraban, trabando conversación cuando se lo permitían, y se lo permitían siempre, concluyendo por saber cuanto necesitaba cada uno y tomarle el pulso á los parroquianos que frecuentaban el café. Nadie le alargaba una propina; cierto; pero en cambio había colocado á interés compuesto el capital de su inteligencia, que no dejaría de producirle ópimos frutos cuando la crisálida se convirtiese en mariposa.

Un incidente ajeno á este relato, obligó al bueno de D. Dionisio á trasladar á Angel con carácter de intimidad al entresuelo del café donde estaban las mesas de billar, y la tertulia. Se trataba de algo relacionado al juego de tresillo que en la sala y gabinetes contiguos allí establecidos reunían numerosa clientela, dejó las cafeteras y trasladóse *arriba* donde le sorprendió la gran diferencia que ofrecían los que sin detenerse en el café, pasaban la vida en aquellos lugares. Sus nuevas funciones estaban reducidas á tener el oído puesto en el timbre, distinguiendo *de gabinetes*, acudir presuroso á su mandato, y servir lo que pidiesen á tahures y jugadores, que de todo había en aquel departamento reservado. En éste, las propi-

nas eran considerables, y la suma á que se elevaban diariamente, dependian de la marcha del juego, y del carácter de los agraciados á la suerte; las tuvo hasta de un doblon de á ocho; mas por regla general, estaban reducidas á las correspondientes al consumo ordinario solicitado con desórden tal, que lo mismo figuraba una copa de jerez con bizcochos, que un *beefsteak* con patatas, lo mismo á las diez de la noche, que á las cuatro de la madrugada. Mucho ganó en metálico y relaciones, pues los aficionados eran muchos, y los *puntos* cuando tenian, eran dadivosos; en cambio, durante el tiempo que pasó á su servicio, no disfrutó del tranquilo y reposado sueño que la noche presta á nuestros fatigados miembros; era jóven, luchó y venció.

Más de una vez, personas que le tuteaban y allí acudian atraídas por el estímulo ó necesidad de la ganancia, le habian pedido prestado, quién un duro, quién veinte, suponiéndole en fondos y con promesa de doble suma al reintegro del adelanto.

Esto fué un rayo de luz para Angel; después que conoció á fondo su *gente*, desató el *calcetin* donde estaban sus ahorros, que ascendian á cincuenta y dos pesos, *abrióse* crédito con el maragato que le trajo á la Corte que se lo concedió por respetos al tío, y.... entró en sus funciones. Desde aquel momento se hizo el indispensable en los gabinetes consabidos; tenia buen ojo, escojia sus víctimas, y rara vez se equivocó, y siempre logró cosecha de aquel campo, que también habia abonado; creció su importancia y bien lo cono-

cia, pero la *modestia* que le asignaba á su papel, no le permitia extender sus *operaciones* más allá de lo aconsejado por la *prudencia*. Como su capitalito crecia como la espuma, y ya era estrecho para su ambicion el campo que le ofrecia aquella dependencia, discurrió aventurar una parte á los azares de la Bolsa, cuyo enmarañado juego no estaba á su alcance, pero sí al de su travesura. Habia conocido á un agente que todas las noches concurría á una partida de tresillo, y le consultó aparentando encargo recibido de persona extraña á esta clase de negocios; bien le comprendió el agente, mas le era simpático, é hizo por él cuando pudo, hasta llegar á reunir una muy decente suma.

Dispuso el amo en los mejores momentos cesase aquella interinidad, á consecuencia de haberse despedido uno de los mozos de *abajo* llamado Paco, que habia tomado en traspaso un pequeño café situado en barrio excéntrico. Ocupó Angel su puesto, y ayudándole la fortuna, encontróse con mesas frecuentadas por buena *gente*, es decir, que consumen, pagan, y dan propinas; sólo los domingos las invadian matrimonios de numerosa familia, figurando en ellas niñas casaderas con novio ó con pretensiones, y pequeños que hacian ruido, y estorbaban el tránsito sin que el consumo fuese proporcional á las personas, y mucho ménos al número de horas que ocupaban sus asientos.

Con rabia y pena al mismo tiempo, les veia dirigirse á sus mesas muy temprano para evitar la ocupasen otros; le trataban con *confianza*, se establecian,

reposaban de su largo paseo, y más tarde, encendido el gas, y casi lleno el café, pedían su chocolate ó leche *amerengada*, según las estaciones, las mujeres, y sus copitas los hombres; para Angel, este servicio representaba seis reales escasos. En cambio los restantes días de la semana, sus beneficios oscilaban entre veinte y treinta reales, por más que con ellos nunca hubiera salido de pobre, cual se dice, si no hubiese continuado sus operaciones de bolsa, y préstamos.... con interés.

Aquel verano, decidió hacer un viaje á su aldea; llevaba seis años de mala vida, según aseguraba, y solicitó de D. Dionisio el correspondiente permiso, para pasar dos meses al lado de su tío ya anciano, y con grandes deseos de verle y abrazarle. No era todo interés y cariño hácia aquél el que guiaba á Angel Custodio; deseaba conocer el estado financiero, cual ahora se dice, del Sr. Cura, y las probabilidades de comprar algunos días de bueyes; por último, no eran tampoco extrañas á este viaje ciertas pretensiones que abrigaba de agradar á una rapaza nacida en buenos pañales, y de cuya madre, viuda de un ganadero rico, y que nunca tuvo ganado, lo que equivale á decir hizo su fortuna á la *Comuña* (1), se susurraba poseía rubias onzas de oro y sendos patacones, sin aplicación ni provecho alguno. Ya Angel la conocía, mas nunca se atrevió á cortejarla por temor á un desaire

(1) *Comuña*: aparcería que consiste en dar dinero al aldeano de caserío, para la compra de vacas cuyo valor garantiza siempre su especie dividiendo las utilidades por mitad.

merecido, cuando nada podía crecer en la edad que abandonó los patrios lares; ahora los tiempos habían cambiado, el rapaz se había convertido en hombre acomodado y con *carrera*, y si á esto se añade la fortuna del Señor Cura, cerniéndose sobre sus esperanzas, y la influencia, que había de ejercer en la comarca cuando se estableciera, se comprenderá había motivos suficientes para entablar su demanda.

La alegría del tío fué grande; la sorpresa que le causó su aplomo y buenas maneras, el buen juicio de que hacía alarde, la reserva con que se conducía, la facilidad con que se explicaba, los cuentos con que amenizaba su ya entretenida conversacion, fué objeto de los comentarios de la aldea, y sobre todo los que se ocurrían á Juaco el herrador que había aconsejado se le enviase á un café ó fonda. Angel Custodio los trataba á todos bien y por igual, pero dejando entrever la superioridad de su posición, por más que aspiraba á mejorarla. Sus preguntas, siempre impregnadas de cierto olorillo cortesano, se dirijian á indagar la verdadera fortuna de su tío, y los antecedentes de su familia. Todo lo supo, y lo que es más, oyó con gusto y sorpresa que le destinaba para María..... — era el nombre de aquella por quien suspiraba, — si se decidía á fijarse en el lugar, colmando los deseos del pobre anciano. Preparado de este modo el terreno, fácil de concebir era el desenlace; Angel volvió á Madrid, prometido de María, y con resuelto ánimo de acrecentar su fortuna, sirviéndole ya de pedestal, no sólo la seguridad de héredar á su tío, sino las probabilidades



de ser dueño de aquel tesoro—como tal se le conceptuaba—llamado María.

La consideracion y cariño que le manifestaron, no sólo sus compañeros, sino el mismo D. Dionisio, si bien no le envanecieron, contribuyeron mucho al éxito de sus planes: segun éstos, no debía permanecer en la Corte más de tres años que juzgaba necesarios para aumentar su peculio, liquidar cuentas atrasadas, y realizar créditos dudosos. Sus parroquianos le recibieron poco ménos que con palmas por aquello del hábito que queda consignado, y porque, necesario es confesarlo, ninguno servia como él, ni tampoco sacaba de apuros en un momento de necesidad; Angel, y se comprenderá sin pena, dados los antecedentes expuestos, llegó á ser la segunda Providencia de aquella reunion; se le consultaba por lo más insignificante, y hasta se le permitia sentarse, cuando otras exigencias del servicio no se lo impedian; era el niño mimado de la casa, al que le era lícito todo, excepto faltar á las horas de ordenanza. Y sin embargo, alguna vez se *alargaba* á la Bolsa con ó sin permiso, en cuyo último caso, le suplía cualquiera de sus compañeros que le debía favores—y todos se lo debian,—y si el amo llamaba para preguntar por él se ocultaba su escapatoria, diciéndole le habia mandado un señor al correo, y no tardaria en volver.

Cierta noche, bien dadas las doce, presentóse un caballero acompañado al parecer de su señora, y le pidió una cena; miéntras la preparaba, Angel observó la animacion que reinaba en el coloquio con que se en-

tretenia la pareja; y ya so pretexto de ponerla ruin servilleta, ó sean los cubiertos sobre la mesa de mármol, ya de colocar el servicio, intentó recoger algunas palabras sueltas que le pusiesen en camino de averiguar lo que ocurría en aquel supuesto matrimonio. Ella blandía el cuchillo al hablar cual si fuera arma de guerra; él estrujaba la *bolla* y mordía sus extremos, cual si tuviera hambre, ó desease triturar con sus dientes los pensamientos que le agitaban; al colocar la botella del vino y el tarro de la mostaza, percutió en los oídos de Angel la frase de «habrá sangre, te lo aseguro» Quedóse helado el mozo, si bien no seguro de haberla entendido; así creyó aludiría al *beefsteaks* que humeaba sobre la mesa. Sin embargo, se mantuvo *al paño* después de servirles y como á medida que avanzaba la cena, el *diapason* crecía, ya eran objeto de las miradas de los pocos en número que poblaban el café y se cernía en la atmósfera un *no se qué* poco tranquilizador. En los cortos corrillos formados en las mesas, se hablaba y comentaba el desenlace de aquella escena; de pronto llaman á Angel; acude éste presuroso, y á boca de jarro recibe la siguiente interpelación:

—¿Tienes dinero disponible?

—No señor, le contestó.

—¿Dónde podré encontrarle en este momento, ahora mismo sobre estas acciones de carreteras? Yo sabía que tú disponías de fondos, más como no me conoces, he traído los títulos y si te convienen, cerremos pronto el trato; tengo prisa de cumplir con una deuda

de honor. ¿No es verdad Lola? añadió dirigiéndose á su compañera.

—Eso es otra cosa, contestó el taimado mozo, deramando la vista sobre los títulos, y cerciorándose de su legitimidad. ¿Cuánto necesita V.?

—¿Cuánto me darás por ellos?

—Le diré, es una clase de papel que no me gusta; es amortizable, y prefiero el consolidado, no por lo que es, sino por la liquidacion de fin de mes, que cuando se tiene buen ojo, siempre se gana. Ya sé que se cotiza á 22 mas no puedo ofrecerle por la indicada repugnancia á la amortizacion, más del 10.

—A 5 te lo doy, si dentro de media hora me entregas su importe.

—Lo haré sólo por servirle, y porque conozco es V. todo un caballero.

Pidió permiso, fué á su casa, y regresó con la suma cuyo importe ignoramos, mas debió ser considerable, puesto que Angel no le llegó la camisa al cuerpo durante muchos días. Registraba la *Gaceta* confrontando los números del último sorteo verificado para la amortizacion de estas acciones, y aunque avezado á estos negocios, creyó un dia perder el sentido al leer que todas figuraban en la larga lista publicada por el periódico oficial; de 5 á que los habia adquirido á 100 que el tesoro le abonaba, mediaba un abismo en la fortuna de Angelito; realizado que fué su importe, pensó no en tomar de traspaso un café y establecerse en la Corte, como hacen sus paisanos cuando como él son favorecidos por el destino, puesto que

soñaba con volver á la aldea y representar el primer papel, sino en jugar fuerte en la Bolsa sin aventurarlo todo para reducir si posible era el plazo que se habia impuesto de residencia, ántes de establecerse cual deseaba.

No le fué propicia la suerte, y se resignó á aceptar el puesto que ya le tenia ofrecido D. Dionisio en el mostrador; pues le dejaba más libertad de accion, y más horas disponibles para sus negocios, si bien tuvo que renunciar á las propinas, sustituyéndolas con el importe del descuento de los billetes que le traian al cambio, el beneficio del tabaco habano, y otros gajes si se quiere más importantes que aquellos.

Volvió aquel verano á la aldea, permaneció durante la recoleccion de las mieses cosechadas en las propiedades de su tio y alguna por él adquirida, y aún tuvo que solicitar próroga á la licencia concedida, porque el estado de salud del Sr. Cura y los negocios de ganado en el otoño así lo exigieron. Miétras tanto, sus relaciones con Maria tan deseadas y protegidas por el Párroco, se formalizaban y hasta llegó á fijarse un plazo no largo, para que abandonando definitivamente la Corte, Angel Custodio realizase el ideal de toda su vida y los sueños de última hora del buen tio.

No dejaba de preocuparle al mozo una resolucion que iba á privarle de sus gustos y aficiones al agiotaje, á la vida febril del café, á las emociones del juego, puesto que cerraba las puertas á su ambicion y afan de lucro; es cierto que esta renuncia se compensaba con la mayor consideracion é importancia que adqui-

ria, y el nuevo y lisonjero carácter que conquistaba entre sus paisanos, si como era de esperar, se constituía en cacique de la comarca. Este halago, calmó sus escrúpulos y como *algo* también contribuyó la seguridad de poseer á su María, y el tesoro que la acompañaba. A su regreso, pues, emprendió con más ardor que nunca sus especulaciones, permitiéndole al siguiente año realizar el programa de antemano trazado y convenido, consiguiendo cobrar créditos de dudoso pago que hicieran aumentar su ya abultada cartera.

Cuando muerto su querido tío, casado con María, y alcalde del Concejo, ejerciendo una ilimitada influencia sobre sus vecinos, algun negocio de interés le llevaba á la Corte, nunca dejó de frecuentar aquel café, onjeo si se quiere de su fortuna. Algunos mozos le conocían y se apresuraban á saludarle, recordándole los tiempos en que servía la casa, y Angel que dicho sea en su elogio, no los había olvidado, no faltaba de decirles.

—Ciertamente que la fortuna me condujo por la mano y me agració con sus dones, pero olvidais mis antecedentes y atribuis esta deferencia á genialidades de la Diosa; no olvidar que su rueda descansaba sobre el pedestal formado por mi tío, su pequeña renta, sus relaciones, las observaciones que me sugería sin ingenio, la flexibilidad de mi carácter, y la firme voluntad de ser *algo* en aquella aldea, que había sido teatro de mi niñez y víctima de mis travesuras. Aun admitido el importante factor de la suerte, ¿creis que sin la holgura que la posición de mi tío ofreció á mis pri-

meros pasos en la especulacion, sin su herencia y el casamiento, que debí á estas circunstancias con una mujer rica, creis repito, que la caprichosa fortuna me hubiese favorecido? Contad, si, contad, el número de los que anualmente se presentan en la Corte con idénticas aspiraciones, y compararle con el de los agraciados cual yo en los azares de la vida de café; ni á un décimo por ciento llega esta relacion, y miéntras consumen su juventud, y agotan sus esperanzas, arrastrán una existencia precaria y miserable léjos de su país y su familia, creándose necesidades sin medios de satisfacerles, y prefiriendo el triste pan que alcanzan á la dicha de vivir entre los suyos.



BENITO S. AGUADOR.



BENITO S. AGUADOR.

I

A la márgen izquierda del pintoresco rio de Piloña, á la falda de elevada sierra, y no léjos de la iglesia parroquial de A..... se halla situado un caserío compuesto de casa, orreo y cuatro dias de bueyes, repartidos en tierras de *pan llevar*, prado y huerta contigua, todo miserable y de ruin aspecto. Consta la primera de piso bajo terrero, á cuya derecha segun se penetra, está situado el *llár* (1) donde se enciende el fuego para todas las necesidades de la familia, compuesto del *escaño* (2) *ciego ó sardo* (3) y *calamiseras* (4): carece de chimenea; el humo escapa segun el estado de la atmósfera, á través de la teja *vana* del techo, ó se mantiene en el interior sin grave daño de los pulmones de sus moradores: basta el *ciego* para ahumar los embutidos y *cecina*. Al lado opuesto del

(1) Llámase así el hogar, pero en su más lata acepcion.

(2) Lugar destinado á sitial, durante las veladas de invierno.

(3) Zarzo de mimbre colocado en la parte superior donde se ahuman las materias designadas.

(4) Planchuela de hierro dentada, para colgar el caldero en diferentes alturas.



escaño, y en correcto orden, cuelgan las *furadas* (1), cazos, calderas, potas y potas: el caldero casi siempre está pendiente de la calamieva, bien para cocer legumbres ó castañas, bien para tener agua caliente á todas horas. A un costado, se dibuja la puerta del *forno* para cocer el pan ó la borona, pues el *tosto* (2) se caldea á fuego lento en el llár, entre cenizas; el resto de su construccion descansa en el exterior de la casa, y está cubierto alguna vez con un insignificante número de tejas. Un poco más léjos, arranca la escalera que conduce al piso superior: por último, en el portal de la casa, está la entrada á la cuadra, y al volver la esquina, pero independiente de aquella, el *cubil* ó zahurda destinado á los cerdos.

Constituye el piso superior una sala con dos pequeños dormitorios sin puertas, separados de ella por miserables y súcias cortinas blancas; en el fondo se destaca la *solana*, pequeño corredor situado á Oriente, expuesto á la intemperie y abrigado de la lluvia por un ligero cobertizo; es el lugar destinado á la labor de las mujeres cuando hace mal tiempo, pues prefieren sentarse en el portal para estar á la vista de los rapacines. La calleja ó *caleja* atraviesa la *quintana*, ó sea el frente de la casa, á cuya mano derecha está situado el orreo ó granero; sirve para formar el *cuxo*, estiércol ó abono, para lo cual se reparten en toda su

(1) Cubo de madera reforzado con tres aros de hierro para contener el agua potable.

(2) Torta compuesta de harina de maíz y un poco de levadura, no se diferencia de la borona más que en la manera de confeccionarla.

amplitud, cañas y hojas de maíz, *tojo* y otros vegetales, según la localidad donde trituradas por el paso frecuente de carros y transeuntes fermenten y al cabo de algún tiempo puedan servir para abonar las tierras.

Rodea la casa, miserable huerta dividida en dos partes por una *seve* ó vallado; en la reservada se cultivan coles, patatas y alguna otra legumbre; y en la contigua crecen varios frutales, como cerezos ó manzanos. Linda con ella la tierra destinada á la siembra del pan ó maíz, corta en extensión, pero suficiente el producto del año, cuando el año es bueno; el resto lo ocupan prados, donde apacentan el ganado del caserío, que se reduce á una ruin pareja de vacas, que tanto sirven para la labranza, como para conducir el carro de heno ó la rastra, cuando del monte bajan *garameñas* ú otros combustibles para el llár.

Descúbrese desde el portal de la casa un panorama espléndido, rico en detalles para un artista, é inolvidables impresiones para el viajero observador, que aprecia el contraste, que forma un país dotado de elementos de vida, y la miseria de que son víctimas sus habitantes. La topografía de la comarca, es bastante accidentada. En primer término un frondoso castañedo, desciende hasta la reguera sin ocultar la belleza del paisaje. En la falda opuesta y prado verde-esmeralda, pacen tranquilamente vacas y *xatos* de reluciente piel y variados matices, orgullo y provecho del ganadero; una rapaza de abultadas formas, corpiño ajustado, *dengue* airoso, faldas cortas de colores vivos, blanco pañuelo anudado á la cabeza, escarpines de

lana en pierna desnuda y madreñas, cuida el ganado, y dá tono al cuadro; un rapacin de corta edad, sonrosado y mofletudo rostro, síntoma de exhuberante salud, vestido con camisa desarrapada, calzon de paño burdo sujeto con un tirante de *cvillo* y desnudo de pié y pierna, la acompaña, sin más distraccion que rascarse las narices, morder un pedazo de borona ó correr y saltar por el prado tras las vacas, llamándolas por sus nombres.

Más léjos, en elevada colina, destácase la iglesia en medio de un grupo de árboles seculares, entre los que sobresale el tradicional *tejo*, que presta sombra al átrio, y cobija en dia de fiesta los corrillos de aldeanos que ántes y después de la misa, se solazan con mordaces murmuraciones ó se ocupan en llevar á feliz término tratos que durante la semana han estado en lenguas y necesitan la confirmacion dominguera. Parten de la aldea en direccion á ella, la *caleja* principal que á la derecha se descubre formada por las *seves* de piedra de los prédios colindantes, mitad camino, mitad reguería con cantos rodados, que hacen inaccesible el tránsito á los profanos, y *atajos* que de aquella se derivan saltando la *seve*, merced á tres ó más salientes piedras, segun la altura, que en forma de escalinata permiten atravesar el prado, franquear la reguera por puente improvisado é inseguro durante las crecidas de invierno, y ascender por cuarta *pina* á la cima donde está situada la iglesia. Cada caserío, tiene uno de estos atajos para su servicio; el que de la citada casa á aquella se dirijía, era sin duda alguna

el más pintoresco por la variedad de su trazado; salvada la seve, límite de la quintana, deslizábase cuesta abajo á través de pradera mullida cual alfombra, penetraba en el bosque serpenteando entre añosos castaños de enroscados y desnudas raíces, cual téntalos de gigante pulpo, aprisionando la tierra del desmonte, corroidas por las aguas y tinturadas de rojo y amarillo mientras un parásito vegetal abrazaba el tronco cubriéndole con el afiligranado tejido de sus menudos miembros.

Termina el castañedo á la orilla derecha del regueron, siguiendo el atajo un recodo de éste, á causa del escarpe opuesto, y sigue su curso hasta atravesarle por compuerta de molino microscópico digno de figurar en un nacimiento de los que en casa grande se montan por navidad, joya perdida en la revuelta del arroyo, que el paso de ignorante transeunte en noche oscura podría hollar montando al tejado con peligro de caer sobre la única muela que compone el artefacto. Pintoresco, caprichoso, y de edad inverosímil, si no fuera por el ténue polvo de harina que blanquea el tejado y le distingue del terreno, parecería una roca desgajada de la vecina montaña. El agua corre por canal formado en tronco de árbol, semejante á canoa de indio, corta en cantidad, mas arrogante por su altura; hasta se permite hacer espuma, cual catarata de abundoso río; lanza quejas de la humilde y estrecha prision que la conduce al noderno, y estréllase con furia contra él obligándole á girar en justa venganza del menguado concepto que de su poder tiene formado á su juicio el molinero.

Libre de aquel tormento, abandona tranquila aquella cárcel, ocúltase como para reponerse de las fatigas pasadas, en honda grieta entre peñas que la amparan y aparece más léjos, desarrugado el ceño, dispuesta á regar el vecino prado.

Salvada la reguera, penetra repentinamente el atajo, retorciéndose en curvas de fuerte radio por bosque de pinos de suelo yermo y cielo sombrío, pues cruzánse las ramas, tal están de apretados, no dejando penetrar el sol; la opaca luz que alumbra el paso cambia á cada momento de intensidad, segun procede de un claro á través de los árboles, ó se interponga un macizo de verdura que oscurezca y cierre el horizonte, no tanto en el piso hollado de la senda, como en sus alrededores, y esparcidas, mezcladas y casi entretejidas, las ramas secas, el despojo del árbol, algunos restos del antiguo *tojo* que sirvió de abrigo al pino durante su juventud, forman un mullido y blando lecho, que en algunos puntos tiene mucho espesor.

Al término del pinar, costea á media falda elevado pico compuesto de calizas cuyos tajos, grietas y hendiduras debidas á la denudacion de las aguas, ofrecia mil figuras caprichosas y atrevidas, amenazando desplomar á la pendiente trozos enormes sostenidos en su puesto por un verdadero milagro de equilibrio, miéntras á la derecha cubre el terreno una alfombra de verdura, que contrasta con la aridez de la desnuda roca; desciende suavemente, corta un prado vecino á rica *prumarada*, encontrando fácil acceso á la iglesia por medio de *pasadera* baja, próxima al cementerio.

Pobre y miserable aquella, cual los fieles que forman la parroquia, elévase en reducido espacio robado al terreno que le rodea, ofreciendo al curioso una fachada que mira á Oriente, compuesta de átrio ó pórtico, que tambien sirve de local para escuela, cerrado por galería de supuestas columnas y de arcos medio punto, encalados, y con feston de ocre. Un escaño, tambien encalado forma el testero de la iglesia á uno y otro lado de la puerta principal; ésta, adornada con salientes y puntiagudos clavos, prueba de su vejez, debió estar pintada en otros tiempos de color verde oscuro, del que apénas conservaba restos, da paso al interior compuesto de tres naves; la central con el altar mayor y presbiterio, tiene á los piés encima de la entrada una galería donde oyen misa las notabilidades, se canta la *vigilia* en entierros que la requieren ó en las festividades de las parroquias limitrofes, la ocupa el clero que no está de *capa*. De las laterales, la derecha carece de capillas y altares, pero conduce á la sacristía que tambien comunica con el presbiterio; á la izquierda, se halla en primer lugar la pila bautismal; contra la pared los artículos necesarios para los funerales de cierta categoría, como paños, caballetes y hacheros, y en el fondo un altar con la efigie del santo patron de la comarca. Exterioirmente el muro de la puerta principalmente, sostiene el campanario de forma rectangular conteniendo en dos nichos, otras tantas campanas pequeñas de diferente sonido, cubiertas con una pantalla de madera embaurnada con tinte color de chocolate y al vértice del

ángulo superior de su remate triangular, gira una mohosa veleta. Separado de la iglesia, por estrecha calleja en el frente que corresponde al altar mayor, está el cementerio que constituyen cuatro muros de mampostería ordinaria, sobre cuya puerta figura una cruz de madera.

Por último, en el fondo de este bellissimo paisaje, cortan el horizonte los picos de la elevada sierra de T..... formando como un marco de tan delicioso cuadro.

Ocupaba como colono, el caserío citado, un matrimonio con siete hijos, de los cuales el mayor de los varones contaba veinticinco años y era licenciado del ejército; el segundo, se libró del servicio por ser cojo, y el tercero Benito que habia cumplido los diez y ocho, fué elegido por sus padres, para ser héroe de este relato. Aún contaban los pobres con otro rapacín que hemos visto en el prado, acompañando á su hermana Rosenda, y tres hembras; la de más edad que era la citada, tenia veinte años, y otras dos de doce y siete respectivamente, que se ocupaban en los trabajos de la casa, y en llevar cargas de leña á los mercados de Infiesto, San Roman ó Villamayor.

Pagaban al propietario cuatro fanegas de pan, equivalentes á 95 pesetas; la produccion en años abundantes, se reducía á 3 y media fanegas de escanda, 12 de maiz, 5 y medio cuartillos de leche diarios, un cerdo y las menudencias de frutas, legumbres, gallinas y huevos cuya parte se consumían en la casa, constituyendo el todo una suma que, deducida la

renta y la *pagona* (1), indica bastante la situación precaria de esta familia que vivía merced á la abstinencia en la comida, desnudez de los cuerpos y la corta ayuda que los *fillos* prestaban á las necesidades comunes. Hilaban madre é hijas en las largas noches de invierno, no muchas horas, porque el alumbrado es caro; acudía con su jornal, cuando lo ganaba, el mayor y hasta el cojo se atrevía á conducir la *piara de gochos* comprada por castellanos, conduciéndoles á su destino, cuando llegaba la época que él conceptuaba como su agosto. Cuanto ganaba lo invertía á su regreso en alguna prenda de abrigo ó en un manton para su madre.

Era Benito, nuestro héroe, el más bonachon de los rapaces que existían en dos leguas á la redonda; de niño, todos le pegaban sin que jamás profríese una queja, pues hasta para llorar se ocultaba; dispuesto siempre á seguir los caprichos de sus compañeros, rara vez dejaba de ser víctima de su bondad y si algún palo se levantaba ó algún morrillo hendía el aire, podíase asegurar que el primero caía en las espaldas de Benito y el segundo magullaba sus miembros, granjeándole esta resignación el afecto de todos. Prestaba á su familia servicios de gran valía; llevaba agua de la fuente, leña del monte próximo, cuidaba las *vaquiñas*, mecía ó paseaba á su hermano menor y ya mayorcito, guiaba la yunta cuando su padre labraba la tierra y le ayudaba á *sallarla* con su

(1) Llamábase así en el país el recargo de la contribución territorial, por el concepto de cargas municipales.



*fesoria* cuando la estacion le permitia; en suma, ganaba el triste mendrugo de borona, el *rabó*, las miserables *fariñas* y el pote de *favas* por la noche, que era cuanto podia ofrecerle el hogar paterno.

Aprendió á leer y escribir letras como estacas; respecto á contar, preferia hacerlo con los dedos porque le era más fácil; tenia á los 18 años robustos miembros y atléticas formas, alto, un tanto cargado de espaldas, torvo corto, largo de piernas, piés inverosímiles y presencia simpática. Hablaba poco y con trabajo; siempre con la vista fija en el suelo, apoyado en el baston, si estaba de pié; con las piernas abiertas y la cabeza inclinada cuando estaba sentado; frio, reservado, poco amigo de bromas, sumiso, obediente y honrado á carta cabal. Como facultades, carecia de gran inteligencia; en cambio estaba dotado de una fuerza de voluntad y una constancia, que era la admiracion de cuantos le conocian, no comprendiendo existiera en tan alto grado esta virtud de la perseverancia, á semejante edad.

Es el caso, que su padre tenia un paisano llamado *Colás* que llevaba muchos años en Madrid, dueño de una *cuba* muy acreditada, con parroquia de *señorio* y aunque todavía no estaba rico para comprar foro en su tierra, bien podria apreciarse en veinte onzas el valor en traspaso del servicio que prestaba en uno de los barrios más céntricos de la Corte. Habia ido aumentando el número de mozos auxiliares á medida que crecia el de sus veceros; ya necesitaba cuatro y un *arrimador* para atender á las casas y en dife-

rentes ocasiones habia pensado traspasar el oficio cansado ya de tanto trabajo y regresar á su aldea donde podria establecerse con cierta independendia; mas siempre aplazaba la realizacion de estos deseos para el año siguiente y así se fueron sucediendo unos á otros los años, sin adoptar una medida que tanto ansiaba. En uno de estos momentos en que su decision parecia tomada, escribió á su amigo *Pacho* pidiéndole noticias del país, de aquellas que pudieran interesarle, para el fin que se proponia, al mismo tiempo que le aconsejaba le enviase uno de sus hijos que le pareciese reunir las condiciones que exigia el oficio, que él se encargaba de ponerlo en buen camino y quién sabe si lograria hacer tan buena suerte como él, aunque los tiempos eran malos para semejantes esperanzas; mas en último caso, economizaria una boca y al rapaz no le habia de faltar lo necesario.

La fuerza del destino lo habia decidido, tocándole al pobre Benito tomar *billete* en esta rifa, y dicho sea en su elogio, aceptó la proposicion de su padre con cierto regocijo, pues conocia perfectamente las necesidades de la familia, que aumentaban á medida que las hermanas menores crecian y por otra parte le amenazaba la proximidad de la quinta. Partió, incorporándose en la carretera de Castilla á un carromato, que iba á la Corte sin asiento en él por supuesto, á pequeñas jornadas, provisto su escuálido bolsillo con 72 rs. que á duras penas se le pudieron reunir. Llegó con felicidad y se presentó á Colás que le recibió con cierto agrado mezclado de un aire de proteccion

y seguridad que creyó convenia á un principiante, por más que fuese hijo de su amigo Pacho. Le buscó cuarto en la calle del Aguardiente, asquerosa é insalubre sala, que más tarde conoceremos, dióle las primeras instrucciones relativas á la obligacion que le imponia su cargo, permitiéndole diese un paseo por las calles recomendándole mucho fuesen preferidas las del centro donde habia de *ejercer*, á fin de conocerlas bien por sus nombres. Aún llevó su deseo de instalarlo lo mejor posible á permitir que otro de los mozos le sirviese de guía para enseñarle lo que más le interesaba en aquellos momentos, le presentase en las casas que formaban el cuartel de cuyo abastecimiento se habia de encargar desde el dia siguiente; le enseñase la fuente de la Plazuela de Pontejos de donde habia de surtirse; le hiciera trabar relaciones con los que habian de ser sus compañeros y le pusiese al tanto de las intrigas de aquellos bastidores, reyertas de *piterra* y *turnos de llenar*.

Rendido de cansancio y lleno de asombro por lo que habia visto y oido, regresó Benito aquella noche á su dormitorio sin darse cuenta de lo que le pasaba.

---

## II

Bien conocia Colás su gente y de un golpe de vista comprendió el partido que podria sacar de la buena madera de que Benito estaba construido, prometiéndose sumo provecho de las excelentes cualidades que le adornaban; hay secretos en la vida del aguador, que no á todos pueden revelarse. A la vez que se vierte el agua en la tinaja, sin separar la vista de la cuba ni murmurar palabra, sin cruzarse más frases que las contenidas en las de «buenos dias» y «adios» si hay á quien dirigirlas, lo frecuente y repetido de este acto, engendra cuando no se posee naturalmente el instinto de la observacion y de la prudencia. Sin hacer estudio alguno ni pregunta indiscreta sin conocer apenas la familia, sin más trato á lo sumo, que el de la cocinera, ello es que el aguador conoce hasta lo más íntimo del hogar; sus recursos, sus apuros, las necesidades del momento y quizá..... hasta los amores de la señorita. El aguador, sin embargo, es un sepulcro donde se desvanecen ilusiones alguna vez creadas, extingüense las huellas de fuerte emocion recibida en abandonos que ofrecen importunas sensaciones deliciosas al alma más empedernida; en él muere el casto deseo, la liviana esperanza, el rencor comprimido, la artera envidia, quedando sólo cual esque-

leto disecado, el afan del lucro y la nostalgia de la aldea.

No tuvo mal ojo Colás al elegir para confidente á Benito que una vez en posesion de su empleo, demostró sus cualidades y justificó con sus hechos el concepto que le habia merecido. Eligióle éste las casas más *encopetadas* entre las parroquianas con el objeto de probarle, sin distincion de pisos á fin de conocer á fondo aquella naturaleza dispuesta, física y moralmente. No se engañó; inauguró su trabajo con la docilidad del esclavo, la resignacion del mártir y la prudencia del filósofo. Estaba Colás satisfecho de él y lo estimulaba, pese á la envidia engendrada en sus compañeros, á causa de tal preferencia; malhaya si su fisonomía revelaba pasiones en gestacion, ni agravios que vengar. Frio é impasible servia á su amo con estoicismo, é indiferencia del provecho propio, sin más objeto que salir del día y preparar el terreno para mejores tiempos. Reunia en su tosca inteligencia, los materiales necesarios para agradar á Colás por el momento y construir más tarde la choza ó palacio, que la suerte le deparara.

Le instaló aquél cual queda dicho en una sala baja donde se reunian diez para dormir, en lecho comun y no aseado; era de ver aunque poco grato á la nariz, el despertar de aquellos rendidos y asendereados mozos; no tenian puesto designado; á medida que llegaban, dejábanse caer cual venian en el que encontraban libre; les sorprendia el alba, formando un grupo parecido á serpientes enroscadas, esperezábanse y

ponian de pié, marchando cada uno á su destino, después de levantar el ruin jergon donde habian reposado, colocábanse su correa, y se dirigian á la fuente, donde velaba el arrimador para no perder turno. No poco le sorprendió á Benito la noticia, de que era necesario vivir de la caridad del prójimo; más pronto se acostumbró al ver era moneda corriente entre los de su clase y recogia por tanto los residuos del *cocido* que le ofrecian en las casas, bastante á veces para ceder buena parte á los compañeros; el jornal era mezquino, mas las necesidades lo eran más en beneficio del haber de su existencia triste y de sus penalidades infinitas. Dia hubo, que faltando la ofrenda consabida, quedóse con el estómago limpio cual *espetera* extremeña, no atreviéndose á gastar puchero de á real, ofrecido en figon mezquino, pues los cuartos que recibia los condenaba á perpétua cautividad, y no concebía como era posible distraer suma alguna para un regalo, si se exceptúa el exigido por el *tachuelero* de la plaza que cual madre naturaleza, *sedimentaba* suela sobre suela en aquellos *calcaños* capaces de triturar el más soberbio y duro adoquin. A esto se reducía el *debe* de su presupuesto, pues la ropa con que cubria sus carnes, era dádiva de generosa ama, ó presente de cocinera agradecida.

Así trascurrieron los años, sin grandes alicientes á las esperanzas, y mucho ménos aumento en el bolsillo; el trabajo en cambio se habia duplicado; la parroquia crecía y contaba ya Benito casa de cuatro cubas diarias, si bien en segundo piso; su robusta na-

turaliza, suplía la falta de alimento, que siempre era el mismo, pues sus necesidades no aumentaban por ventura á la par de sus esfuerzos; creció su peculio, y esto le prestaba ánimo para la lucha, pues su voluntad no cedía á exigencias físicas.

Recibió por primera vez noticias de sus padres, que deseándole grandes bienes presentes y futuros, le comunicaban que Rosenda había tenido un rapacín, y deseaba ir á la Corte á criar.

No comprendió en los primeros momentos, pues ignoraba se hubiese casado su hermana mayor; sin embargo como tenía muchas *relaciones* acudió solícito á la colocación pretendida por aquélla. No necesitó apelar, á pesar de serle conocidos, á los anuncios tan comunes de «soltera primeriza» puesto que favoreciéndole la suerte, pocos días ántes, le habían preguntado en casa respetable «si sería posible obtener un ama asturiana» así es que se apresuró á comunicarlo á la interesada, por más que el pobre Benito, se hacia cruces y no acababa de comprender cómo Rosenda sin marido, aspiraba al empleo más lucrativo en Madrid para la clase de sirvientes. La aparición de aquélla con su hermana Celesta en la Corte, le sorprendió pues sólo esperaba á la primera; la otra, animada con la marcha de su hermana Rosenda, concibió el proyecto, y sus padres lo aprobaron de ir á buscar colocación y servir para *todo*, cuando no conocía el más ínfimo detalle que el servicio de una familia acomodada exige en Madrid. Fué al principio contrariedad sería para Benito, la resolución de Celesta; mas al fin

consiguió establecerla como *pincha* en cocina de casa grande, donde se presentaba ocasion de *desbastarla* preparándola para el puesto de cocinera. Mas Celesta, era tan torpe y ruda, como bondadosa, callada y sufrida; y no porque alguna vez envidiase la suerte de Rosenda y aspirase al lujo de que la veia rodeada, las atenciones de que era objeto, lo crecido de la *soldada*, dejaba traslucir sus inquietudes y ambiciones solapadas, ni se permitia la queja más insignificante.

Corrian los tiempos; Benito continuaba de mozo de Colás, sin ver claro todavía en el horizonte de sus deseos; siempre identificado con su *cuba* hasta el extremo de creer formaba parte de su sér, sin más distraccion que las reyertas de la fuente, algun chisme deslizado á su oido por cocinera interesada y que él procuraba sepultar en el panteon del olvido, el recuerdo de alguna mirada indiscreta en habitacion no bien curada, pero que contenia tesoros de concupiscencia que su tosco organismo conmovian, agitando sus sueños y perturbando su tranquilidad; ni un sólo dia de descanso porque en todos los del año se necesita agua, y esta necesidad no permite fiestas; siempre las mismas *sobras* para comida, siempre las mismas escaleras que subir, y siempre las esperanzas en el fondo de la *cuba*; lo único que alentaba y daba fuerzas á su ruda tarea, era el placer que le producía la vista del *calcetin* donde guardaba sus ahorros, el recuento de su contenido, y cuando reunida cantidad suficiente, la cambiaba por rubia pelucona. Sumaba ya mas de doce, y titubeó entre seguir con Colás ó



adquirir un *partido*; á lo primero le inclinaba el natural deseo de vigilar á sus hermanas, á quienes visitaba diariamente; á lo segundo, la independencia que adquiria y el afan de mayores beneficios. No sabia qué resolucion tomar, cuando un accidente inesperado le obligó á decidirse.

El turno de la casa, donde Celesta estaba, correspondia á las diez de la mañana, y al llegar un dia, encontróse aquella llorando, y anunciándole estaba despedida por sus amos. A poco se le cae la cuba de los hombros; pregúntale la causa sin obtener respuesta, pues la rapaza continuaba derramando lágrimas de amargura; y apremiando el tiempo, pues otro turno exigia su presencia en la fuente, se retiró mohino y cabizbajo sin perjuicio de volver á expensas de minutos robados al trayecto de su invariable programa, trazado con arreglo á las necesidades de la parroquia.

Hé aquí lo que habia pasado; Celesta encontróse un dia enferma, y sin embargo trabajó cual de costumbre, notó la cocinera su mal estar, y el sacrificio que la imponia su obligacion, y dió cuenta á sus amos. Buenos éstos, y celosos con sus criados, llamaron al médico de la casa, que después de escrupuloso exámen, declaró que Celesta estaba en cinta. La revelacion del Doctor, produjo idéntico efecto que una granada que estalla; los esposos consultáronse, y no encontraban explicacion; la rapaza fué interrogada de la manera que correspondia á su estado, y sus negaciones fueron terminantes, apoyándose en su

conducta, en los antecedentes de su vida durante el tiempo que servia á sus amos, la carencia de *conocimientos* y la renuncia á salir los dias de fiesta, pues tan sólo una vez habia ido con otra compañera á la Virgen del Puerto. Mas exigiendo el caso explicacion, y como hasta cierto punto la honra de la casa estaba interesada en el esclarecimiento de la verdad, el Señor, en presencia de su esposa, y á puerta cerrada de su despacho, entabló con Celesta el siguiente diálogo:

—¿Sabes la enfermedad que tienes, segun el Señor Médico?

—No señor: algo me ha dicho Casta la cocinera, pero no es verdad.

—¿Has conocido algun rapaz que te acompañe ó hayas introducido en casa?

—No señor, puesto que nunca he abandonado la cocina durante el tiempo que llevo á su servicio.

—Pero Celesta, ya comprenderás que esas cosas, tienen una razon de ser, que debe estar al alcance de tu inteligencia, desde el momento que tu mismo estado te acusa; todos tenemos interés en saber la verdad de lo ocurrido, con tanto más empeño, cuanto te declaras no haber salido de casa en mucho tiempo.

Mas, en fin, lo esencial es que nos digas cómo te has puesto mala, y á qué debe atribuirse tu estado, que harto debes saberlo por las conversaciones que hayas oido, ó los hechos que se hayan realizado.

—Pus calle, señorito, esto debe ser, ahora caigo, lo del carbonero.

—¿Y qué fué *lo* del carbonero?



—Pus siempre me estaba diciendo, — «buenas ganas tienes de trabajar y estropear la ropa para ganar cincuenta *riales*, así nunca dejarás de ser pobre.....» yo le contestaba, que esa era mi suerte, y entónces añadía: «Si fueras *nudriza*, eso, eso es lo que aquí dá pan; diez ó doce pesos al mes, bien vestida, mirada por los amos cual si fuera de la familia, adivinando sus necesidades é inquiriendo, por la cara del *neño*, lo que le falta al ama.

Pus quiero ser *nudriza*, le contesté, acordándome de mi hermana Rosenda, que cual espejo de oro y brazo de mar, bajaba al Prado con el *crio*, ¿y qué es necesario para conseguirlo?....

—No digas más; todo lo comprendemos, incluso la estupidez de tu relato; marcha de casa donde no hay *crios*, cual dices, búscalos en otros lugares, que ya diremos á tu hermano Benito la buena alhaja que eres (1).

Cuando el pobre Benito conoció estos detalles, *plasmó*, pero ¿qué habia de hacer? Decidióse á tomar *cuba ó partido*, estableciéndose en bohardilla cuyo cuidado confió á Celesta, mientras ésta salía del suyo; diez onzas costóle uno, no de tantas campanillas como el de Colás, pero que exigia dos mozos al ménos, y cambió de fuente trasladándose á la situada en la plazuela de la Encarnacion, de parroquia más modesta, pero lucrativa.

Necesitó redondear el negocio; llamó á su hermano

---

(1) Histórico.

menor ya crecido, y fundó *casa* al arrimo de los suyos, probando cuán bondadoso era su corazón.

Bien le fué á Benito en su nuevo barrio; Celesta colocóse en casa de señores con *medios* que la permitian exhibirse cual objeto de arte, ya en carruaje, ya pisando la menuda arena de las calles y paseos del Retiro, haciendo alarde de ruín flaqueza y pretensiones aristocráticas.

Su hermano Anton, era la *vera efigie* de Benito, salvo el cuerpo, no tan robusto, pero bastante á las necesidades del oficio, y cual aquél acostumbróse al lucro, que acompañado de la miseria constituía su dote. Armados sus esfuerzos en comun interés, pues Rosenda estaba con ellos desde que terminó la crianza, pronto se repuso Benito del desembolso ocasionado por la compra del partido, contribuyendo no poco las privaciones que se impusieron, y con las cuales no estaba muy conforme Rosenda, acostumbrada á alimentos regalados y á vestir de *ama*; por fortuna para ella, pronto se le ofreció motivo para volver á ejercer su tan remunerado oficio, dejando á los hermanos sólo hasta que Celesta regresase á aquel semi-hogar alfa y omega de esta epopeya de familia, cuyos héroes cumplieron como buenos su misión de emigrados, arrastrando mísera existencia, pues cada onza cambiada que tenía ingreso en el *calcetín*, era testimonio fiel, nó de suma y ganancia, sino de abnegación ilimitada; para poner diez una sobre otra, necesitaban cinco años de no comer, pues no merecen las sobras caseras y los pucheros fríos donados por caridad

ó interés artero de cocinera taimada el nombre de alimento; por más que permitiesen *vivir*, y lo que es más, *llevar cuba*.

Así logró Benito reunir cuanto se había propuesto, ántes de regresar á la querida aldea, sueño y esperanza que contribuyeron á mantener viva su resignacion, olvidando la desdicha; á borrar de su mente la idea de comparar su miseria presente, y trabajo con el beneficio que hubiese podido obtener cultivando el terreno, si éste fuese propio cual ahora lo será á su regreso, permitiéndole libertad de obrar é independencia. Cuando decidido á traspasar la *cuba* pensó en Anton, no muy maduro, ni con recursos todavía, encontró una tarde á un paisano, hijo tambien del valle de Infiesto, cochero de oficio, con puesto en la plaza de Santo Domingo, y entablóse el siguiente diálogo, que caracteriza la situacion de uno y otro:

—¿Marchas, pues, Benito? «Quién como tú que vuelves á la tierra con no pocas peluconas in *bo'so*,» mientras yo, después de ocho años de *carretar* medio Madrid, apenas tengo para pagar la parte de pavo que en Jueves Santo comemos delante de la casa del Santo en la plazuela de Afligidos. Tú naciste de pié Benito, mientras que yo debí hacerlo sentado en pescante de coche, y toda la vida la pasé en él.

—Pues no debes quejarte; pobres salimos los dos del valle que nos dió luz al nacer; pobres fuimos durante mucho tiempo en este lugar de refugio que elegimos; tu viviste gastando lo que ganabas nada más, y esto te honra, yo poniendo ochavo sobre ochavo

hasta reunir *onza* á expensas de miserias que no son para contadas; miéntas te permitias bajar del pescante en horas de parada é ir á la taberna próxima, ya á tomar un *cuarteron*, ya un plato de *callos* ó *menudillos*, yo, pobre de mí, resignábame al duro y frio garbanzo que con patata rebozada de yerbas, nadando en caldo helado, me entregaban en casa donde habia *sobras*, y no son muy comunes en la Corte. ¿Acaso crees que con 10 rs. al mes, cuba diaria, sin propinas cual tú, se puede hacer una fortuna?

—Hombre, no lo decia por tanto; bien conozco la diferencia de trabajo entre tu oficio y el mio; duéleme sin embargo, que habiendo ganado más que tú, no posea siquiera uno de esos ochavos que tú has reunido para formar *onza*, y lo que es peor, cochero soy de punto sin que la berlina sea mia, y sin abrigar la esperanza de adquirirla alguna vez; lo único que me está reservado es un puesto en carro-fúnebre, cuando las circunstancias lo exijan.

—Desengáñate Domingo; es lo cierto por más que no queremos confesarlo, que el calor de la casa donde nacimos presta más vida con la escasez que á la existencia ofrece, que el azar á que nos entregamos soñando despiertos tesoros intangibles, que sólo son realidad cuando nueva, y áun más ruin miseria nos cobija. Si reflexionásemos no cambiaríamos de lugar, por más que fuésemos muchos en la familia, que para todos habria en aquella tierra que nos expulsa, pues contiene gérmenes de riqueza innagotables, bastantes á su poblacion, y la prueba la tienes que cuando lle-

gue, compro caserío á propietario necesitado, me establezco, y la Provincia contará con un hijo no pródigo pero agradecido, que regresa á sus pátrios lares. Procura, pues, Domingo hacer otro tanto; vuelve donde te espera la familia, dedica tu actividad é ingenio, no á azotar enclenque caballería, sino robusta yunta de bueyes, en labores que remuneren más que la miserable propina que recibes después de larga carrera.

Despidiéronse, partió Benito; Rosenda y Celesta continuaron explotando la fecundidad de que la Providencia les habia dotado; y el pobre Anton como mozo del que adquirió por traspaso la *cuba*, continuó sumando días, hasta reunir dos onzas.



PASCUAL, AGENTE ZURUPETO Y COBRADOR.





## PASCUAL, AGENTE ZURUPETO Y COBRADOR.

---

Era Pascual Braña, hijo de otro así también llamado que reunía en su pueblo, capital del Concejo de L..... el triple empleo de Secretario del Ayuntamiento, fiel de fechos y sacristan de la parroquia. No es de extrañar que Pascualín recibiese cierta educación en armonía con las funciones de su padre. Este, de muy joven, conoció el papel sellado, comprendiendo su valor legal en documentos de todo género, la importancia de una enmienda salvada por hábiles manos sin dejar huella alguna, manejó siempre bien el corta-plumas, la regla, el pedazo de ante y en ocasiones la raspadura de las uñas. Era la providencia del lugarejo; todos le consultaban antes de cerrar trato, acerca de la contribución de la *pagona* del Concejo y hasta cuando casaban á sus hijos. Semejante distinción de parte de sus convecinos, le había acostumbrado á ciertas pretensiones superiores á sus facultades, á vestir *decente*, cual decía, y ejercer toda la influencia posible en el corto escenario donde se agitaba su vida de aldeano.

Algo reflejóse en Pascual de este carácter desde muy temprano, ayudando á su padre en la casa concejil, si bien el rasgo más saliente que se destacaba, entre otros defectos de menor cuantía, era el deseo de mejorar en posicion y fortuna; soñaba con Madrid donde creia bastaba presentarse para conseguirlo. Este obligado tema de sus conversaciones con su padre y amigos de casino, á la edad de 18 años cumplidos, concluyó por convertirse en monomanía incurable, si no se accedia á satisfacer, quizá, una necesidad moral en aquella naturaleza creada, sin duda, para dar fomento á los números. Por entónces fué nombrado Braña el padre, cobrador de contribuciones con fianza al *aire*, merced á los trabajos que hizo en unas célebres listas electorales, y los ya en él conocidos de quintas que habian producido una *amnistía* general de mozos, demostrando *C* por *B* no existir de ellos *sorteables* en el Concejo. Encontró Pascual ancho campo á su actividad aritmética, encargándose de compulsar la masa imponible, la estadística de la riqueza pecuaria y la de tarifas industriales; manejaba los números y cantidades cual general aguerrido sus batallones; casi operaba de memoria, conservando en ella cifras inverosímiles, por lo complicadas. Mas la remuneracion de este trabajo, no estaba en armonía con sus pretensiones y volvió á insistir en que su padre le dejase emigrar á la Corte, con la seguridad de feliz éxito, cual siempre se tiene en juvenil edad.

Esperaba de las relaciones que en el país dejaba,

de su afición y conocimientos rentísticos, y de las recomendaciones que el Diputado del distrito, en cuya elección tantos méritos adquirió su padre, colocarse desde luégo en el Ministerio de Hacienda, Banco de España ó casa banquera importante.

Como se vé, sus ilusiones estaban á la altura de su inexperiencia y el tiempo se encargó de reducirlas á los verdaderos y naturales límites trazados de antemano por su aptitud y honradez.

Perplejo estaba el padre por conceder el permiso solicitado, pues el rapaz le ayudaba mucho y por otra parte no tenia tanta confianza en el porvenir, cual Pascual demostraba; dió largas al asunto, interesóle en la cobranza y hasta le ofreció que más adelante ocuparia su puesto en el Concejo; procuró atraerle y fijarle por todos los medios de que un padre dispone y sólo consiguió una resignacion que bien se adivinaba era precursora de viril medida, quizá más temible que la aquiescencia voluntaria, si bien fuese dictada por tenaz empeño ó necesidades de urgente satisfaccion. Accedió al fin y provisto de buenas cartas, marchó Pascual á Madrid, ideal de sus sueños y fuente á su juicio de riqueza.

Llegado que fué, no supo por dónde principiar. Su primera visita fué á la Bolsa, donde encontró un conocido, hijo de la aldea, perteneciente al Concejo inmediato al suyo; le expuso su deseo, enseñóle las cartas que llevaba y convinieron en reunirse aquella noche á los alrededores del Bolsin, después que hubiese visto al Diputado, de quien se le dijo no debía

esperar gran cosa aún en el caso de tener la suerte de encontrarle, de lo que dudaba mucho. Dióle buenos consejos encaminados á evitarle cualquiera sorpresa ó disgusto y separóse Pascual un tanto arrepentido de su decision, pero con firme voluntad de probar fortuna, donde otros la habian conseguido con elementos inferiores á los que él poseia.

Escusado parece decir que los pronósticos del antiguo cobrador se cumplieron. Pascual fué á todas las horas que le indicaban á la casa del Diputado, sin conseguir le recibiese, y por último adoptó la resolucion de situarse en la puerta del Congreso. Aunque no le conocia personalmente, logró verle un dia, pues se lo señaló uno de los porteros, apoyado en el brazo de otro caballero, y en animada conversacion. Entrégole sombrero en mano la carta, que con indiferencia y sin detenerse, ni darle contestacion alguna recogió, penetrando en el recinto, cuya mampara roja con dorados clavos, detiene al mundo de pretendientes que allí, como en antesala ministerial, concurren á ciertas horas de despacho. Comprendió Pascual acto continuo, cuán poco habia de ayudarle á establecerse, y volvió los ojos á su conocido y semi protector D. Martin—así se llamaba éste, que llevaba treinta años de residencia en la Corte, y como Pascual, habia pasado por largo aprendizaje, rodeado de privaciones, Sólo á fuerza de honradez y perseverancia, habia conquistado una posicion que le permitia más desahogos que los ofrecidos á su familia; mas era previsor, contaba con una hija que siempre fué su encanto y para la que reser-

vaba el fruto de tantos años de trabajo; su esposa, procedía de una familia honesta y bien acomodada de la calle de Toledo, que había aportado al matrimonio dote crecida para las necesidades de su educación burguesa, ayuda inesperada para D. Martín que le permitió emprender negocios de mayor cuantía, ya familiares á sus conocimientos; pero vedados por falta de capital, y como elogio en su favor debe consignarse que siempre procuró poner á cubierto de los azares de la Bolsa, lo que respetó como herencia legítima de su hija Clara. Sólo en momentos de liquidaciones inevitables, en que su nombre y reputación pudieran quedar comprometidos, ofrecía en garantía, ya las acciones del Banco, ya los bonos del Tesoro, en que había convertido la fortuna de su mujer, sin perjuicio de recogerlos, y archivarlos de nuevo en su gaveta.

Colocó éste á Pascual á su servicio, pues además de cobrador de letras del Banco, representaba á algunos municipios, y necesitaba de alguno que le ayudase en lo ménos importante; y el rapaz se condujo á su satisfacción aprendiendo en corto plazo, el tecnicismo de aquel mundo de negocios tan difícil á un profano, demostrando gran celo y diligencia, sumo cuidado en los cobros y rendimientos de cuentas, y prevision á toda prueba para evitar pérdidas. Mas la remuneración no correspondía á sus esperanzas, y lo que era peor á sus más imperiosas necesidades; el trabajo era mucho desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde siempre con el saco al hombro, contando metálico y billetes, guardando éstos por series en carteras, con

mucho ojo para desechar la moneda falsa, y cuando rendido de cansancio liquidaba al anochecer los cobros que acusaba su libreta, por la que habian pasado cantidades para él fabulosas, recibia dos pesetas, y algun dia por extraordinario tres. Muchas veces le pasó por la mente abandonar tan miserable destino y regresar al lado de su padre; mas siempre le detuvo el temor de las reprensiones de aquél, la critica y socarronería de sus vecinos, y sobre todo su amor propio que se rebelaba á la idea de declararse vencido. Luchaba pues, mas no mejoraba su posicion; los años pasaban y el porvenir no se descubria muy claro para las ambiciones del jóven; es verdad que le faltaban los principales ahorros, los más dificiles de reunir para emprender alguna operacion por su cuenta; privóse hasta de lo más necesario, indicó á D. Martin su deseo, que le alentó para conseguirlo, ofreciéndole alguna ayuda, atormentó su imaginacion unas veces con quimeras irrealizables, otras con combinaciones meditadas, mas todo se desvanecia ante la realidad desconsoladora del *no tener*. Su primer ensayo, lo debió á un paisano que llegó á Madrid en demanda de cobro de unos libramientos del Tesoro, por el concepto de obras públicas. Dirigióse á Pascual, único conocido, y tales trazas se dió el mancebo, tales las dificultades que ofrecia el pago, tales los aplazamientos, promesas, arrepentimientos, etc., que sufrieron durante la tramitacion que cuando vió su dinero el bueno del Astur, regalóle dos mil reales. No era mucho para su trabajo; mas para Pascual constituian la base de su

fortuna, máxime cuando contaba con el éxito en esta clase de negocios, que no dejaria de recomendarle á la atencion de los que se hallasen en idéntico caso.

Así sucedió en justa recompensa de su perseverancia, honradez y laboriosidad; ya era un depósito que hacer en la caja general, ya una letra que negociar, ya el descuento de un pagaré á corto, un plazo que pagar, unos títulos que recoger, ó la venta de valores públicos cotizables en Bolsa; todo en pequeña escala, aumentando su reputacion y crédito más que su bolsillo, pues que repartia la semilla, que más adelante habria de producir sus frutos. Intentó y la suerte ó su buen cálculo, le favorecieron alguna operacion á *fin de mes*; pero no al descubierto, que hubiese arriesgado su buen nombre, negoció con algunos valores que ya tenia en depósito, procedentes de personas ajenas á estas especulaciones, recibia órdenes sobre todo de la zona occidental de su provincia, y tan buenas trazas se dió, que mejoraba admirablemente su posicion con gran regocijo de D. Martin que le observaba de cerca, reconocia sus cualidades, y hasta ¿por qué no decirlo? apreciándole en lo que valia lo hubiese deseado para su hija Clara.

Ocurrió una de esas crisis pasajeras, pero terribles en los primeros momentos de su aparicion, en el Banco; la *cola* ceñia casi sus tres fachadas; la Plazuela de la Leña, estaba dia y noche ocupada por gentes no todas necesitadas, cual acontece en casos semejantes; sorprendióle á Pascual con algun metálico propio, y mucho procedente de envío recibido de Provincia en

aquellos días para efectuar pagos, el descuento se elevó al 5 por 100 y sin desmembrar un céntimo aquel capital que no era suyo, realizó utilidades con las que no pudo soñar. Este hecho pudo ser causa de su desgracia, pues embriagado con su buena suerte, se lanzó imprudente á una operacion de Bolsa, cuyos resultados le fueron fatales, y casi le condujeron á su ruina. D. Martín vino en su auxilio, le ayudó estimulando á la vez sus aptitudes y conocimientos, consiguiendo reponerle de tan sensible pérdida; cobróle afición al cambio de billetes por metálico, y hacia pedidos á Provincias por cuenta propia, aumentando el beneficio las cantidades que percibia y reintegraba, en su calidad de cobrador, sin afectar los intereses que se le confiaban. Trabajando noche y día, sin perder jamás de vista el negocio, sin distracciones de ningun género y exíguo gasto, consiguió crearse cierta independendia, si bien no tanta cual habia deseado.

Contaba solo doce años de residencia en la Corte, y en verdad no podia quejarse. Al hacer liquidacion de lo que poseia, quedó sorprendido; trató de establecerse para emprender negocios en escala un poco mayor; pero necesitaba para ello casa, y ésta requiere una compañera, base de futura familia; las noticias que de su aldea recibia no eran para pensar en su regreso, pues su padre habia muerto, sus hermanos mal ó bien, estaban colocados, nada le atraia al lugar que le vió nacer, ni habia dejado raiz alguna que pudiera brotar más tarde. Mas aquí precisamente empezaban las dificultades á presentarse en



tropel, pues no habiéndosele ocurrido nunca pudiese llegar este caso, tampoco se habia ocupado de resolver el problema cuando se ofreciese á solucion. Comunicó en reserva al bueno de D. Martin estos proyectos, que merecieron sus plácemes, así como el consejo de consultarlos, y madurarlos mucho, pues de una buena eleccion dependia la felicidad de toda la vida; citó como ejemplo la que habia alcanzado, cuando se encontró en idéntico caso, tomando por compañera un modelo de virtudes caseras, que tanto contribuyó á su establecimiento y prosperidad; económica, celosa de los intereses propios y ajenos y educada en la clase que le correspondia para los fines á que era llamada. Añadió que tan convencido estaba que una mujer, reuniendo estas cualidades, era la única para hacer llevaderas las penalidades de la vida, que á su hija Clara, jamás le habia permitido goce alguno de los que él conceptuaba no deben figurar en el programa de la existencia de un *cobrador*, por más que sus recursos le permitiesen algo más; en cambio conocia al dedillo los quehaceres y direccion de una casa en todos sus detalles más insignificantes. siendo alivio á la vejez de los esposos, añadiendo que el día que saliese de casa, seria el disgusto mayor que la Providencia le reservase.

No era tonto Pascual, y sin embargo no sabia qué deducir de lo ocurrido en esta entrevista; de una parte no se le ocultaba el cariño que siempre le profesó D. Martin, y cuanto le dijo, era prueba que se interesaba mucho por él en la resolucion proyectada.

y hasta vislumbró la posibilidad de casarse con Clara; de otra el recato y alojamiento del mundo en que la habian criado, y que él interpretaba como refinado egoismo de sus padres, alejaba toda idea de cortar aquel nudo formado por familia tan unida.

Esperó; no volvió á hablar de matrimonio, continuando su tarea con igual ardor y entusiasmo, remunerada con el éxito de los mejores tiempos, hasta que cierto dia D. Martin le habló de ello, mas le contestó con tal frialdad é indiferencia, que hizo impresion en aquél, obligándole á insistir en la necesidad de *montar casa*, los placeres de la vida doméstica y las virtudes de su esposa é hija, indicándole como de paso, con cuánto gusto le veria establecido, y asegurado su porvenir en las condiciones que lo estaba el suyo y el de su familia.

Cuando las explicaciones adquirieron este grado de confianza debido al conòcimiento recíproco que tenian unos de otros, los personajes en accion, el frecuente trato y comunes aspiraciones, aconsejaron una inmediata solucion que las armonizase; decidieron, pues, que D. Martin cederia á Pascual sus negocios en grande, reservándose como por via de entretenimiento aquellos que no exijiesen una actividad superior á la fuerza que le prestaban sus años y así quedó convenido, que cuanto correspondiese á la custodia de valores, trabajo de oficina, operaciones en la Bolsa, y permitiese una vida ocupada pero sin fatiga física quedaria á cargo de D. Martin, y lo restante al de Pascual. Tambien convinieron en que la

nueva pareja no montase casa, trasladándose todos á otra mayor, haciendo vida comun, cuyos gastos corresponderian á D. Martin, mientras las utilidades se repartirian por partes iguales entre todos.

De acuerdo en estos puntos esenciales, aceptado y correspondido por Clara, fijaron un plazo para realizar su union durante el cual, se buscaria nueva casa, la novia prepararia su ajuar y Pascual pediria á su aldea los documentos necesarios.

El mismo dia en que se efectuó la boda, marcharon los novios al país de sus padres, nuevo para Clara, y donde tantos recuerdos asaltaban á Pascual. Se alojaron en la casa del alcalde, compañero de infancia de Pascual que al saber iban á llegar de un dia á otro, le escribió ofreciéndole hospitalidad en nombre de la amistad que les unia. Sorprendido quedó éste al considerar la trasformacion que habian experimentado aquellos lugares que tan jóven abandonó y las personas, cuyos nombres y fisonomías tenia presente en su memoria, excepto esos testigos indiferentes al paso de las generaciones, como la Iglesia, el carbayon, el riachuelo, la próxima foya catalana, la casa-concejo y el intransitable piso de las callejuelas. ¡¡Cuánto habia cambiado durante su larga ausencia!! La casa de su padre convertida en tienda de abacería, la solariega del Sr. de..... era casino, donde se reunian los más notables del lugar, figurando alguna *americana* si bien aún dominaba la chaqueta; aquellos toscos aldeanos que cuando su marcha iban á la taberna á jugar al *tute* y beber vino de Cangas ó si-

dra de Salas, acudían á la tertulia, hablaban de política, tomaban café con leche y *gotas de rom*, leían periódicos de la Corte y más de uno le preguntó en qué consistía la llamada *cotizacion de la Bolsa*.

En cuanto á los restos de su familia, encontróse con sus dos hermanos casados y establecidos; el varón en un miserable caserío próximo, pero satisfecho de su suerte; la hembra con su marido en otro más lejano con numerosa prole y escasos recursos.

Dos meses de su luna de miel pasaron los recién casados en la aldea, siendo el blanco de la envidia á la vez que objeto de atenciones, cual correspondía á su posición. Pascual notaba en ellas algo de ficción ó hipocresía, sobre todo en las personas que con más frecuencia trataba, pues los aldeanos siempre eran los mismos y su conversacion le era grata. Ocurrió una noche en el casino cierta disputa acerca de si los agentes de Bolsa, como conceptuaban á Pascual, hacían operaciones calificadas por unos de criminales y por otros de legítimas, intervino aquél, un tanto exaltado, tratando de defender su honradez; agrióse la discusión, oyéronse apóstrofes y epítetos capaces de convertir la sala en campo de Agramante; al retirarse á su casa, llevaba consigo la decision de abandonar inmediatamente su lugar, para no volver á acordarse de él. Como homenaje á aquellos sitios donde habia nacido, compró algunos días de bueyes, que dejó en usufructo á sus hermanos y regresó á la Corte.

Cuando en esos momentos tan naturales de expansión en el seno de la familia, se juzga del pasado

por los sucesos acaecidos y las desdichas sufridas, no por los resultados obtenidos, cuando la vida aparece en toda su realidad como campo de nuestras ambiciones y teatro de angustias inolvidables; cuando comparaban la tortura que les sometían los azares del negocio con la tranquilidad que en medio de la miseria disfrutaban aquellos aldeanos ignorantes del pasado, gozando, cuanto podían, del presente é indiferentes, respecto al porvenir, más de una vez pensó con pena en los sacrificios que se había impuesto para alcanzar un ídolo que cual fuego fátuo desaparecía al ir á tocarle, desvaneciéndose en el horizonte de sus ambiciones. Sin embargo, todos comprendemos lo mismo y continuamos extendiendo los brazos en su dirección, hasta que caemos en el hondo abismo de la muerte, término fatal de nuestra carrera.



EL SEÑOR D. FABIAN FABIANES

Y DE LAS CUESTAS ALTAS.



EL SEÑOR D. FABIAN FABIANES Y DE LAS  
CUESTAS ALTAS.

---

INDIANO.

I.

Nací en Canta el Gallo, aldea perteneciente á la parroquia de San Luis de Solariegos, concejo de Brañalovera, de padres pobres y humildes, y conseguí, merced á los azares de la suerte, el espíritu de observacion de que estaba dotado, y al conocimiento de los hombres, adquirido en las luchas de la vida, reunir una regular fortuna objeto de la ambicion de todos, envidia de mis paisanos, y anatema, que pesa sobre mi frente lanzado por aquellos mismos que me vieron abandonar el ruin caserío de mis padres, y que no me perdonarán el éxito de la empresa. Todo lo olvido por más que sean injustos conmigo; á mi regreso de América, quise establecerme en el lugar de mi nacimiento, y consagrar los recursos que poseia, á mejorarle en lo que fuera posible, haciendo ménos preca-

ria la suerte de sus habitantes, lo cual prueba no soy tan soberbio como me suponen, pues de serlo, hubiera elegido por residencia ciudad lejana donde se ignorase mi origen, y tal vez adornado con título pomposo y significativo, como otros de igual procedencia que conozco, hubiese figurado, siquiera fuese de comparsa, en sociedad más aristócrata. No fué así, y aunque no me arrepiento de mi decisión, tales disgustos y sinsabores experimenté, que decidí dar á luz estos apuntes de mi vida pasada, que comprenden desde el momento que abandoné la casa paterna, mucho por miseria, un tanto por consejo de mis buenos padres, y algo por probar fortuna en la que pudiera llamarse *lotería de Buenos-Aires*, hasta que recibido el premio que á mi número tocó en suerte regresé con el alma henchida de gozo, al miserable nido donde me arrullaron al nacer las caricias de mi santa madre.

Nunca lo olvidaré: éramos cuatro rapaces de 12 á 16 años; conducidos por nuestros padres á la iglesia, el señor cura nos dirigió una plática, de la que sólo comprendimos que la miseria nos expulsaba, careciendo de recursos las familias para darnos el necesario alimento, que procurásemos ganar cuando llegásemos, enviando los primeros ahorros para que se supiese de nosotros, no olvidásemos á nuestros bienhechores, y nos conservásemos siempre en el santo temor de Dios. Bostezábamos de impaciencia, y recibida que fué la bendición del Párroco, emprendimos el camino, alegres y contentos, cual si fuéramos de romería, mordiendo un pedazo de pan de escanda,



regalo extraordinario que las circunstancias exigian figurase en el morral de viaje. Acompañados de nuestros padres, marchamos en direccion del puerto de Visela, de donde segun anuncios repartidos en la capital del concejo, debía zarpar el bergantin *Nuestra Señora de los Angeles* con carga y pasajeros para Montevideo y Buenos-Aires.

Mi pobre madre lloraba sin consuelo, y no me explicaba su tristeza, puesto que mi viaje se verificaba por sus consejos. ¡Cómo habia de comprender su pena! Mi padre contaba con los dedos el importe de la yunta de vaquiñas vendidas para pagar mi transporte. En tanto nos dirigíamos unos á otros preguntas relativas al mar, que nunca habíamos visto, al barco, que sólo conocíamos por la muestra del anuncio, y por último, á la tierra donde nos habia de conducir; y eran de oír los disparates que se nos ocurrían, y las ilusiones que nuestra mente forjaba, haciendo del mar una laguna de transparentes y cristalinas aguas, del buque un gigante poderoso que las surcaba, y de la tierra prometida un paraíso, conteniendo árboles cuyos frutos eran moneda acuñada, y su terreno *oro molido*, en que bastaba la incomodidad de inclinarse para recoger la cantidad deseada. Y saltábamos de gozo, olvidando ya aquellos frondosos castaños, que matizando el verde claro del prado, habian sido testigos de nuestras primeras hazañas, y cuando alguna rapaza cruzaba con nosotros la senda con su *goxa* en la cabeza, nos inspiraba compasion, ¡pobre! condenada toda su vida al improductivo trabajo de mezqui-

nas tierras, miéntas nosotros, hasta en las pasajeras nubes del encapotado cielo, veíamos claros los desconocidos paisajes creados por la fantasía, y que, nuevos Colones, íbamos á descubrir.

Llegamos, y nos albergaron en ruin posada; el deseo de ver el mar superó al cansancio del viaje, y nos condujo al muelle: nos resistíamos á creer lo que á nuestra vista se ofreció. Aquel soñado mar no existía; una estrecha cinta plateada por los rayos de la luna serpenteaba á través de inmundo lodo, sobre cuyo lecho yacian reclinados aquellos gigantes de nuestra imaginacion, llamados barcos. No nos fué posible comprender cómo habian de flotar sin agua y ser vehículos de trasportes por travesía tan larga y hasta peligrosa, segun nos aseguraron muchos de los presentes, que sin duda adivinaron nuestro destino, puesto que sin escrúpulo nos sometieron á un interrogatorio adecuado á las circunstancias. El crepúsculo vespertino nos permitió contemplar la silueta del bergantín, que tanto podia ser nuestra tumba como arca santa de salvacion, puesto que habia de alojarnos por indeterminado número de dias... ¡¡alojarnos!! muy tarde nos desengañamos de este error! empaquetarnos cual mercancía en el sollado. Regresamos á la posada con el corazon oprimido por tantas decepciones; el instinto presentia *algo* sin forma, que nuestra infantil imaginacion no adivinaba, pues oscurecia los horizontes creados durante el viaje á pié á través de terrenos yermos, cuyo aspecto aumentaba el poder de nuestras ilusiones. Las madres, siempre previsoras,

habian comprado mientras tanto unas mantas de abrigo, que no se distinguian por sus dimensiones y calidad, pero suficientes á cubrir la desnudez de nuestras carnes, y suplir la falta de otra clase de equipaje. Todo estaba dispuesto: al dia siguiente, fijado para zarpar el bergantin, nos dirigimos al muelle indiferentes y casi contentos nosotros, con lágrimas de duelo nuestros padres; observamos con sorpresa que el bergantin flotaba, y hasta nos pareció más pequeño. Encontramos otros muchos rapaces de nuestra edad, y como nosotros, destinados á Buenos-Aires, y aunque eran desconocidos, pronto entablamos relaciones fraternales, puesto que íbamos juntos de *pasaje* á correr idéntica suerte, y nada crea lazos de amistad tan fuertes como la comun desgracia. Estábamos sobre el muelle á la vista de nuestras madres esperando el momento de trasladarnos á bordo, nos pusieron las mantas cruzadas del hombro derecho al costado izquierdo, cual banda de condecoracion, nos entregaron el último real, abrazámonos, y empezamos á subir la escala; el bergantin se balanceaba á favor de la marea, y como no teníamos práctica, á alguno se le desligaron los piés, cayendo sin duda á la ria si el robusto brazo de un marinero no le hubiese salvado; por último, colocados sobre cubierta, y apoyados en la obra muerta, dieron la señal, comenzando acto continuo la maniobra de levar anclas.

Todo era nuevo para mí, y objeto por lo tanto de natural curiosidad, y sin embargo, me parecia quedarse en tierra un pedazo de mi corazon; veia con-

fusamente á mis padres; mi madre llorosa agitaba su blanco pañuelo en señal de despedida, mi padre... empuñaba su ñudoso baston, ambos con la vista fija en el barco, cuyos mástiles cruzaban, rechinaban sus cadenas, y al monótono pero cadencioso compás de la marinearía que movia el calcestante, iniciaba su movimiento adelante, enfilando la ria.

¡¡Cómo olvidar aquel cuadro que ofrecian sus orillas y el canal hinchado por la pleamar, cuyas aguas cortaba la quilla del buque con su pujante proa; espléndido y sobrenatural para el pobre, nacido sierra adentro y que ha soñado un mundo de riquezas almacenadas en su mente con elementos prestados por la miseria, contemplándole por primera vez!! Ansiosos de gozar de aquel magnífico y extraño panorama, instintivamente nos agolpamos á popa, en cuya direccion se divisaba el puerto y la villa, dibujándose todavía en el horizonte sus blancas casas, que para muchos de nosotros se perdian de vista para siempre, cuando el contra maestre nos expulsó á proa, so pretexto de que embarazábamos la maniobra del timonel. Con honda pena veíamos desfilir los pintorescos caseríos que en lontananza se descubrian, alumbrados por los débiles rayos del crepúsculo, empezó á descubrirse la barra y el faro; las olas se agitaban con sordo rumor, que nos amedrentaba; las sombras de la noche no nos permitian distinguir los detalles del terreno, y cierto balanceo del buque de popa á proa y de babor á estribor nos advirtió traspasábamos los límites del último cabo y la embravecida mar. Apé-

nas si distinguíamos una luz semejante á una estrella por su tamaño é intensidad, no por su fijeza; el oleaje crecia, las oscilaciones del bergantin hacian imposible nuestra permanencia sobre cubierta obligándonos á buscar un refugio, que el frío, ya intenso, y los golpes de mar cada vez mayores, hacian necesario.

Entónces nos apercibimos de los efectos del mareo, ese terrible enemigo del navegante; quisimos movernos y no pudimos, teníamos un nudo en el estómago imposible de desatar, por más que el ánsia era grande y los esfuerzos superiores á nuestra débil naturaleza; á cada oscilacion variaba de lugar, sin disminuir la angustia; parecia íbamos á exhalar el último suspiro; lanzábamos nuestras quejas al viento y sólo nos contestaba la risa y chacota del marinero con frases poco consoladoras. Aumentaba el espanto la oscuridad de la noche, el aspecto aterrador de las olas que rugian á nuestros piés, amenazando nuestras vidas, pues saltaban de banda á banda haciendo del bergantin mísero juguete de su poder. El terror, el frio, el instinto de la conservacion, nos habia obligado á apiñarnos unos contra otros, al pié de la obra muerta; nadie se ocupaba de nosotros, ocupada la tripulacion en su ruda maniobra; si por acaso alguno tropezaba en nuestros miserables cuerpos, juraba con palabras que ofendian nuestros oidos: ¡¡qué momentos!! imposibles de borrar de mi mente un solo instante. Llevábamos muchas horas sin alimento y el decaimiento de las fuerzas era grande, mas no podíamos comer; transidos de frio, envueltos en las man-

tas regadas con frecuencia por las olas é imposible de conciliar el sueño, el pensamiento se dirigia á los séres queridos y al inmundo caserío donde abrimos por primera vez los ojos. La cerrazon era cada vez mayor; aumentaban los sufrimientos del estómago; el crujir de la arboladura; los gritos de la tripulación, todo contribuyó á producirnos ese calenturiento letargo, que si no produce descanso á los fatigados miembros, engendra en cambio fantásticas visiones, capaces de entregar el alma del más justo á la más horrible de las desesperaciones.

En este estado, con ligeras alternativas, pasamos algunos dias sin atrevernos á fijar su número; habíamos perdido la noción del tiempo; amanecer y anochecer, eran para nosotros los únicos acontecimientos para calcularle; de las horas, sólo conocíamos aquellas en que la campana de abordo nos llamaba para repartirnos el rancho, compuesto en su mayor parte de carnes y pescados salados, que excitaban la sed, dañándonos el estómago. Sucediáanse y no se parecían los dias; unos, lo despejado del cielo, el andar del barco, coñido al viento cual si se deslizara por tranquilo lago, la temperatura, ya tropical en aquellos lugares que atravesábamos, animaba nuestras decaidas fuerzas y regocijaba nuestras abatidas almas; otros, presentábase de pronto un cielo que nos envolvía en densa oscuridad; azotaba la arboladura y los flancos del buque, levantábanse las olas en alturas superiores á la obra muerta é inundaban la cubierta; entónces bajábamos al sollado, nos apretábamos unos contra otros,

y esperando el último momento, impetrábamos el auxilio del cielo para que nos salvase de tan duro trance. ¡¡Cuánto sufrimos!!

Los alimentos, la inaccion, la monotonía de la perspectiva, los tristes pensamientos que con frecuencia se apoderaban de nuestro ánimo, y más que nada la falta de esa expansion tan natural y propia de la juventud, nos habian debilitado en términos que parecíamos espectros. Nos entreteníamos, cuando el estado de la mar lo permitia, en recordar nuestras respectivas aldeas, donde tanto habíamos jugado y aquel prado y aquella fuente y la romería vecina y la fiesta del pueblo, á todo pasábamos revista, y eran, por cierto, nuestros más favoritos goces; algunas veces nos ocupábamos de lo que habíamos de hacer al saltar en tierra, y eran de oír entónces los descabellados planes y los irrealizables proyectos que aquellas cabezas infantiles acariciaban. También dedicábamos muchos ratos de ocio en contemplar maquinalmente, pues no podíamos comprenderla, la maniobra del timonel ó seguir la estela que dejaba en pos de sí el buque, y si aparecian, cual en aquellas regiones ocurre con frecuencia, una banda de tiburones olfateando su presa, acompañándonos muchas horas, entónces nuestro entusiasmo crecia, pues aún cuando con terror veíamos dibujarse sus cabezas á flor de agua, nos proporcionaban alguna distraccion tan necesaria á nuestra edad y de que carecíamos á bordo.

Sin embargo, nada nos atormentaba tanto como la ignorancia absoluta del tiempo que tardaríamos en

llegar; nunca supimos dónde estábamos, y si por accidente le dirigíamos esta pregunta á un marinero, ó no contestaba, ó lo hacia diciéndonos que faltaban algunos meses para llegar: un día divisamos en el horizonte un punto negro, que el vigia indicó como tierra; mas pronto desapareció sin haber logrado saber su nombre, llevándose consigo nuestras esperanzas. Ya las teníamos, en verdad, perdidas, cuando comenzaron á dibujarse unas líneas que, cortando el fondo azul del cielo en su contacto con el oscuro verde mar y cual si de éste saliesen, fuéronse destacando más y más; unas veces nos parecían nubes, otras gigantes ó palacios encantados; mas á medida que nos aproximábamos, íbanse trocando en montañas, rocas cortadas á pico y árboles majestuosos de dimensiones colosales cual no habia soñado jamás nuestra fantasía.

La alegría que se reflejaba en la cara de los tripulantes, la diligencia del capitan, un *no se qué* que reinaba á bordo, nos hizo comprender que llegábamos al final de nuestro viaje; en efecto, nos encontrábamos á la desembocadura del Rio de la Plata, á la altura de la isla Goniti y casi á la vista de Montevideo, capital del Uruguay. A medida que penetrábamos, donde confunde y mezcla sus aguas este imenso rio con las del mar, nuestro espíritu se levantaba ante aquel grandioso espectáculo imposible de describir, centuplicábanse nuestras esperanzas, cobraban nuevos bríos las decaídas fuerzas al soplo de aquellas templadas brisas, borráronse de nuestra memoria las mi-



serias de la navegacion, y el recuerdo, un tanto vago de la querida patria, cedia su puesto á un torbellino de ilusiones que nos produjo vértigo al divisar el puerto y la costa, donde nuestro porvenir, áun enigmático, habia de decidirse.

Entramos en la rada y anclamos. ¡¡Qué majestuoso panorama se desarrollaba á nuestra vista; qué comparacion más triste nuestro infantil juicio hizo de la tierra que dejamos con tanta pena y la que se presentaba á nuestros atónitos ojos!! ¡¡Qué diferencia observábamos al contemplar aquellos edificios espléndidos, que se destacaban en el fondo y los pobres y mezquinos que presenciaron nuestro embarque, cuánta tambien entre la animacion, vida y movimiento en el muelle y la atonía y paralización de transacciones comerciales de aquel que abandonamos al montar en el bergantin!! Nos parecia despertar de un agitado sueño y ser víctimas de tenaz pesadilla; por otra parte, el júbilo que reinaba á bordo, las maniobras propias del anclaje, el sinnúmero de lanchas que bogaban en todas direcciones, la multitud de buques de todos tamaños que ocupaban el puerto, la ansiedad de bajar á tierra, todo contribuia á exaltar nuestra imaginacion; nos contemplábamos tan felices, que el gozo embargaba la voz, y sin articular palabra nos abrazábamos con efusion cual si hubieran terminado nuestras muchas desdichas.

Parte de la carga venia consignada á este puerto, y exigiendo su descarga un dia, solicitamos del Capitan permiso para acompañar á cuatro de los

compañeros que debían quedarse en la ciudad, lo concedió con la precisa condición de volver al buque antes de la postura del sol. Así lo hicimos; nos retozaba la alegría al pisar tierra firme, y encontrarnos en aquel laberinto de calles, plazas y paseos, y aunque nada conocíamos, ni nadie nos acompañaba que pudiera darnos cuenta de lo que veíamos y admirábamos, zancanjeamos la ciudad de un extremo al otro. Nuestros cortos recursos no permitían grandes goces; mas como los deseos eran muchos, no quedó rincón que no visitásemos, figon donde regalarnos con bolsa de pobre, ni correría que no emprendiésemos. ¡Cuánto disfrutamos en tan poco tiempo! A cuántas locuras pueriles nos entregamos, hasta que llegada la hora fatal de regresar á bordo, con lágrimas en los ojos, nos despedimos, cual hermanos que se separan sin esperanzas de volverse á encontrar en este mundo!

---

## II

Zarpamos al día siguiente, y ansiosos de llegar al término primitivo de nuestro viaje, pasó desapercibido el espléndido panorama que ofrecía este río sin igual, y como el trayecto es corto, pronto dimos vista á Buenos-Aires, penetrando y anclando en su puerto. La arribada nos produjo una impresion semejante á la de Montevideo; un tanto desvanecida, por la necesidad de ocuparnos del desembarque, y una vez en el muelle, buscar posada para alojarnos. La turba de curiosos, que siempre asiste á la llegada de un buque de emigrantes, nos interceptaba el paso; algunos nos dirigian preguntas indiscretas, y como cada uno de nosotros llevaba destino diferente, nos separamos, excepto otro compañero con el que habia trabado íntima amistad durante la travesía, é iba recomendado á un tío segundo de su madre, residente en aquella capital, que le esperaba, y nos ofreció alojamiento en su casa, ínterin nos buscaba empleo ú ocupacion. Diónos albergue en su casita de un solo piso situada en un arrabal, y asueto por unos dias para recorrer la ciudad, descansar de las penalidades de un viaje tan largo, y buscarnos colocacion donde hallar el sustento y hasta los medios de mejorar nuestra suerte.

Bien aprovechamos estos dias, gracias á la generosa hospitalidad que nos ofreció el bueno de Don

Tiburcio; mas las colocaciones escaseaban para mí, pues mi compañero á los quince dias de estancia la encontró en una platería por recomendacion de su tío, quedándome solo con este señor, que no me permitió buscar otra posada, é interesándose por mí cual si fuera de su familia. El me inclinaba al comercio para el que me sentia con disposiciones suficientes, mas las ofertas eran tan mezquinas, que no halagaban mi ambicion: por otra parte, el tiempo pasaba, y un dia que el desaliento se habia apoderado de mí, pues las soldadas ofrecidas no pasaban de 15 pesos, y mi conciencia no me permitia continuar á expensas del caritativo D. Tiburcio, acepté sin que mereciese la aprobacion de éste, una colocacion que me propusieron en un *saladero* próximo á la capital. Muy buenos consejos me dió, profetizando no estaria mucho tiempo, y por desgracia sus vaticinios se cumplieron; mucha fuerza me hacian, y hubiera desistido, pero el pícaro amor propio triunfó, y me decidí á marchar á Zárate, donde se hallaba situado el establecimiento.

Con cinco pesos que me adelantaron á cuenta del salario, pude proporcionarme pasaje en una de las muchas barcasas que conducen á la Ciudad las frutas recogidas en los bosques salvajes, que tanto abundan en la desembocadura del Paraná. Dimos vista á la isla del Tigre, y confieso que á pesar de los años transcurridos, no ha logrado borrarse la impresion que me produjo. Bosques frondosos de melocotoneros bravíos, mezclados con naranjos y palmeras: inmensos lloro-

nes casando su pálido follaje con las hojas del *seibo*, árbol inútil pero de caprichosas formas, todo constituía un conjunto encantador que la fantasía más meridional no podría concebir. Esta naturaleza virgen, á dos horas escasas de Buenos-Aires, me trasportó de júbilo, y creó en mi mente ilusiones, que me auguraban un porvenir preñado de ventura. ¡Qué espectáculo al llegar al valle de este río! Unos veinte brazos, de los cuales cinco son los principales, dan paso al caudal de aguas que acarrea, para confundirlas con las de la Plata: el principal llamado *Paraná de Las Palmas*, es el más frecuentado, sobre todo en la estacion de aguas bajas: al S. hay otro conocido por *Arroyo del Capitan*, y al N. el *Paraná Guazu, Brazo largo* y *Brazo bravo*; además, existen otros catorce, que comunicándose entre sí, forman una red complicadísima de canales, que constituyen el Delta, cuya base en la desembocadura, cuenta unos 65 kilómetros, y su vértice dista de aquélla tres veces esta longitud.

En Zárate no habia muelle, ni cosa parecida; desembarcamos como pudimos, dirigiéndome acto continuo al saladero situado no léjos del *Arroyo*; entregué mi credencial al mayordomo, que en forma de carta me habia dado el propietario; sabiendo entónces cuál era mi destino, bien triste en verdad, y aunque el salario de veinte pesos me habia seducido, casi me arrepentí de haber aceptado, pero no encontraba medio para retroceder, quejándome de engaño después de lo que D. Tiburcio me habia dicho.

Imposible sería formarse idea siquiera aproxi-

mada sin haberlos visitado, de lo que son estos saladeros; por desgracia tuve ocasion de conocerlos en todos sus horribles detalles, á expensas de un terror que me heló de espanto durante los primeros dias, y de una invencible repugnancia, que concluyó por expulsarme de aquellos lugares de matanza y carniceria, á que sólo pueden acostumbrarse los corazones empedernidos por la presencia de estos actos sangrientos, y se hacen insensibles á las torturas de las pobres víctimas de aquella explotacion.

Cuando á la mañana siguiente me presenté al *capataz del corral*, éste me señaló el puesto que me estaba reservado; no sabía por dónde penetrar en aquel dédalo de callejones formados con estacas de madera sin descortezar, destinados á la mejor distribucion de las reses condenadas á la muerte. Lo primero que heló la sangre en mis venas, fué el aspecto repugnante de los obreros de aquel infierno, con los cuales la necesidad me obligaba á alternar; me creí en un presidio africano; tal fué la impresion que me produjeron los que conceptué como bandidos de la peor especie: llevaban á la cabeza un pañuelo de colores vivos, cuyo nudo atravesaba una pipa negra; la camisa abierta por el pecho, descubria su piel velluda y los músculos de su armadura huesosa; las mangas recogidas por cima del codo, dejaban libres los nervudos brazos, cuyos largos pelos estaban mezclados con sangre coagulada; un pedazo de manta ó cobertor ceñia su cintura, los muslos desnudos y las partes inferiores de las piernas, cubiertas con unas medias

de paño de color rojo sostenidas por correas; en la mano un cuchillo de forma y dimensiones indescrip-  
tibles. ¡Qué idea tendría formada de sus servidores el  
propietario, que cuantas veces le ví recorriendo sus  
*talleres* llevaba un puñal á la cintura, y asomaba en  
el bolsillo de su pantalon la culata de un revólver  
americano!

Para comprender, siempre incompletamente, el  
triste destino que me aguardaba, necesito describir el  
*saladero* en los momentos en que tomé posesion de mi  
puesto. El primer recinto lo forma un corral cerrado  
por edificios, que comunica con otro rodeado de es-  
tacas clavadas; en el fondo, un callejon cuyas paredes  
laterales son de tabla *al tope*, termina en una com-  
puerta de corredera vertical con movimiento alterna-  
tivo de sube y baja. Este era el lugar donde debia  
ejercer mi oficio, como más adelante explicaré; en la  
puerta superior del callejon citado, á una altura supe-  
rior á la estatura de un hombre, hay una viga atra-  
vesada, donde se coloca el *desnucador* provisto de un  
lazo y un cuchillo. Las reses destinadas al sacrificio  
están encerradas en el primer corral, de que dejo he-  
cha mencion; allí, cinco ó seis jinetes dirigidos por  
el capataz, las obligan en número de veinte ó veinti-  
cinco á entrar en el segundo, operacion que ofrece  
grandes peligros, pues los animales, salvajes en su  
mayor parte, se defienden, embisten á los caballos y  
más de una vez paga con su vida el jinete la fiereza  
de aquella bestia; pero estos accidentes son raros,  
gracias á la habilidad, destreza y práctica de los en-

cargados de esta operacion. Dentro ya de este corral y echadas las compuertas, el desnucador lanza con segura mano y ojo certero el lazo á una de ellas; al sentirse cogida la res, hace esfuerzos inauditos para defenderse, ruge, se encrespa, alza la cola, clava los piés en el suelo arqueando el cuerpo; mas á la voz de *bueno*, dos jinetes, cuyos caballos llevan en el pretal y por bajo de la cincha la otra extremidad del lazo ó cuerda que pasa por una polea, se ponen en movimiento, arrastran al animal obligándole, cualquiera sea su resistencia, á colocarse bajo la viga susodicha; el piso es resbaladizo, y al caer le sepulta en la nuca su cuchillo el matachin, que dice: «larga,» á cuya voz detienen los jinetes sus caballos, volviendo con la mayor tranquilidad á ocupar el puesto de donde partieron.

Entónces entraba yo en funciones; levantaba la trampa ó compuerta y dejaba paso franco á una plataforma con ruedas, que conducia al animal al tinglado donde se habian de terminar las operaciones que no son para relatadas, ántes de entregarle al saladero propiamente dicho. ¡Cuántas ví pasar ante mis ojos, luchando con la agonía de la muerte en medio de convulsiones horribles para ser entregadas al *desollador*, que indiferente opera sin preocuparse de sus sufrimientos!! Poco tiempo pude soportar tan rudos tormentos; recordé las ofertas que en Buenos-Aires me hicieron en las casas de comercio, que no acepté como mezquinas, y ahora me parecian superiores á cuanto pudiera aspirar, y sin despedirme de



nadie regresé á la capital decidido á colocarme en una tienda cualquiera donde al ménos no presenciaria aquel sangriento espectáculo. Me presenté á mi llegada al bueno de D. Tiburcio, que me sermoneó largo rato acerca de mi intempestiva resolucion y sus consecuencias; me animó, sin embargo, cuanto pudo y gestionó con celo y cariño entre sus relaciones, consiguiendo al fin colocarme en una tienda de la calle de Rivadavia, de las principales de la ciudad. Al principio, el contraste de la vida pasada me hacia, no sólo soportable, sino grata la tarea que me estaba encomendada; el trabajo no era grande, el principal me trataba bien, los compañeros me querian, alicientes todos para persistir en el plan que me propuse; la soldada no me permitia ahorros, pero sí educar mis aptitudes comerciales. La venta al menudeo, los tratos en grandes partidas, las necesidades de los parroquianos, las remesas al exterior, las marcas-jeroglíficos del precio de la mercancía, el regateo con el que compra, las rebajas que hacer al que se surte en gran cantidad, eran para mí moneda corriente á los pocos meses de establecido en la casa. Y gozaba en verdad de grande crédito aquella en que servia; apenas si llegaba buque al puerto procedente de Europa, que no condujese artículos de comercio á la consignacion de mis amos, que nos producía el consiguiente trabajo, pues sólo el desembalar cajones, clasificar objetos y poner etiquetas, nos robaba una buena parte del tiempo, que dábamos por bien empleado cuando el principal se dignaba presenciar la operacion,

dándonos las gracias por nuestro celo y actividad.

Así trascurrieron los años y siempre en el mismo estado en que me encontraba al llegar á esta tierra de promision; mis reflexiones me conducian á la ineludible consecuencia de que por este camino nunca llegaría á ser rico. Habia estudiado la casa; el principal, hombre maduro, tenia tres hijos, y el mayor de ellos estaba al frente de la contabilidad y correspondencia; era casado, con prole; otro trabajaba con nosotros en el almacén ó en el mostrador; la hija hacia tiempo se habia casado con un comerciante de Córdoba. Con estos antecedentes, fácil era deducir, con acierto, habia de vegetar eternamente, midiendo varas de tela, sin más aspiracion que la de llegar al máximum de salario, que en la casa era de treinta pesos. No me sonreia semejante porvenir, mas carecia de elementos para adoptar una resolucion que me pusiese en el camino de la fortuna; de mis compañeros de emigracion, unos estaban colocados cual yo, con más ó ménos soldada, otros pocos se habian internado dedicándose en las *haciendas* al cuidado de los rebaños de merinas; pero todos nos encontrábamos al cabo del tiempo trascurrido á igual altura de ahorros; así es que como escasamente teníamos para ir saliendo del dia, nada podíamos enviar á los padres, y siguiendo los consejos del buen cura, cual los interpretamos, no escribíamos tampoco, para que al ménos ignorasen nuestra desdichada suerte.

Recordaba, aunque muy confusamente, haber oido á mi madre asegurar existia en esta confederacion un

primo suyo lejano llamado Rosendo, del cual no se habia sabido desde su partida, me dediqué con ahinco á averiguar su residencia, pero carecia de medios para conseguirlo; un dia me fijé en una factura de paños vendidos á la casa de D. Rosendo Calella, establecida en Rosario; pregunté con interés y me aseguraron gozaba de mucha reputacion en el comercio, mas no eran suficientes datos para deducir fuese el primo de mi madre, y entónces me decidí á escribirle exponiéndole mis antecedentes de familia, mi residencia en Buenos-Aires, las vicisitudes por que habia pasado durante los cinco años que llevaba en la emigracion; en una palabra, cuanto conceptué necesario para interesarle en el caso de que en efecto fuese aquel lejano pariente de mi madre, sin olvidar manifestarle la práctica que habia adquirido en el comercio por si le conviniesen mis servicios. No recibí contestacion inmediata y supuse una equivocacion de nombres que me habia arrastrado á cometer un acto indiscreto; casi tenia olvidado ya este incidente, cuando un dia fuí llamado por el principal, que me preguntó en qué punto de Astúrias habia nacido, cómo se llamaban mis padres, y si conocia al ménos de nombre á D. Rosendo Calella, residente en Rosario. Satisface las preguntas asegurando, respecto á la última, me era completamente desconocido el señor citado, si bien le habia escrito, suponiendo tenia algun parentesco con mi familia y con el único objeto de saber si estaba ó no equivocado. Entónces me entregó una carta contenida en otra, que le dirigia á mi prin-

cipal, que más tarde supe le pedía informes acerca de mi conducta. La leí á su presencia; decíame tendría mucho gusto en conocerme, añadiendo que quizá le sería imposible tenerme á su lado por razones que comprendería, si, como esperaba, iba á hacerle una visita; esperé el consejo de mi amo, ántes de resolverme á obrar, y así se lo manifesté, oyendo con gran satisfaccion, que me autorizaba para ir á Rosario, conocer mi tío, dejándome en completa libertad de accion, sin reemplazar mi puesto, ínterin no le comunicase el resultado de la entrevista.

Bajo tan buenos auspicios, me decidí á emprender el viaje; tomé pasaje de tercera en un vapor que hacia la carrera á Corrientes, y escala en Rosario, que era cuanto necesitaba; el trayecto hasta Zárate me era conocido; más á partir de este punto, todo era nuevo é interesante; navegábamos próximos á la orilla derecha del Paraná; dejamos á nuestra izquierda la ciudad de San Pedro, y á los veinte kilómetros pasamos por el estrecho llamado el *Obligado*, célebre por el combate que en 1845 ocurrió entre las escuadras francesa é inglesa coaligadas, y las baterías argentinas mandadas por el general Mansilla, cuñado del famoso dictador Rosas. Dejamos atrás la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, y á las nueve de la mañana siguiente arribamos á Rosario de Santa Fé; la ciudad no se descubre desde el río, pues se halla situada al lado opuesto de la barranca que forma la orilla, y es necesario salvar para llegar á ella. Ya era en la época de mi viaje, uno de los mejores puertos

de la Confederacion después de Buenos-Aires, y me encantó su aspecto, cuando pude contemplarle después de la fatiga que me produjo la subida; pronto supe que el tío Rosendo vivía en la plaza de la Iglesia, y á ella me dirigí inmediatamente, encontrándole en su escritorio.

Me acogió con cariño mezclado de cierta reserva; hizome muchas preguntas acerca de la familia, que probaban su buena memoria, y me invitó á comer. Frisaba en los 55 años, alto, seco, nervudo, habituado al trabajo, y que habia conseguido, en treinta y cinco años que llevaba de residencia en el país, reunir una fortuna considerable, merced á su constancia, buen ojo para los negocios, época propicia para éstos, y sobre todo á su matrimonio con una rica heredera paraguayana que conoció en Villa-Rica, en uno de sus frecuentes viajes á aquella feraz comarca, en la que sostenia relaciones comerciales.

Fuí recibido por su esposa Doña María y su hija Cármen, que apenas contaría 12 años, con cierta frialdad que se revelaba en la fisonomía, prevencion contra mí, ó cuando ménos reserva, que no estimulaban mis naturales expansiones en aquellos momentos. Traté de conocer la situacion, á cuyo fin me propuse adoptar una línea de conducta que pudiese, inspirando confianza, darme tiempo para estudiar los caractéres y adoptar una resolucion. Durante la comida, ya pude observar la grande influencia que sobre su marido ejercia Doña María, y hasta adiviné que la mayor contrariedad que mi presencia les habia

producido era la idea de que me estableciese en su casa, como de la familia; así es que aproveché un momento favorable para indicar mi deseo de buscar alojamiento por los días que había de permanecer en la ciudad, hasta que regresase á Buenos-Aires. A esta noticia cambiaron de aspecto las fisonomías, formulándose algunas frases de negación cortés, más insistiendo en mis propósitos, conseguí desarrugar el ceño de la señora, que fué la primera en indicarme una buena posada, añadiendo que al ménos fuese todos los días á comer. Este fué un gran triunfo para mis proyectos, pues el trato frecuente, mi reservado proceder y compustura en la casa, me ayudaron á vencer aquella antipatía que les inspiré en los primeros instantes.

Un día que estaba con el tío en su escritorio, aproveché una favorable coyuntura, que me ofreció el tema de nuestra conversacion para desatar aquel nudo gordiano, que se iba haciendo insoportable. Creo me aprecie ya lo bastante, le dije, para permitirme manifestarle, que el único objeto de mi viaje ha sido conocerle, así como á su familia; mal ó bien, colocado estoy en tienda de crédito, donde al ménos no me faltará para ir saliendo hasta que la suerte mejore y los tiempos cambien; deseo trabajar, y mucho más todavía conseguir seros útil; si así fuera, vivid seguro, que allí donde las necesidades de su negocios lo exigieran, no habiais de encontrar servidor más fiel; si por el contrario existen obstáculos, que á ello se oponen, volveré al mostrador de aquella casa,

que me ha tratado hasta ahora cual no merecia.

Algo conmovido me contestó:

— Llegué á este país desnudo como tú, é hice el aprendizaje de la vida rudamente; comprendo tus buenas y delicadas atenciones, que me han hecho formar un juicio favorable de ti; el estado de la casa me obliga á continuar trabajando; mas como los años no se pasan en balde, siento la necesidad de rodearme de personas de confianza, pues lo complicado de mis negocios así lo exige. Si hubiese tenido un hijo,— continuó,— haría mucho tiempo le hubiera confiado la direccion de la casa; he procurado penetrar en el fondo de tu corazon, conocer tus aptitudes, y averiguar hasta dónde alcanza tu práctica; los informes reservados de tu principal te honran, y sin embargo de no tener puesto alguno que ofrecerte aquí, voy á proponerte un negocio que puede ayudarte mucho á hacer fortuna. Ya habrás visto que mantengo relaciones numerosas y frecuentes con el Paraguay, habiendo elegido esta ciudad, por la facilidad que ofrece á las transacciones de productos procedentes de Europa, y los que de aquella República hago venir. El beneficio más pingüe lo produce el tabaco de la region de Villa-Rica; establecido en este punto, contando con dinero para comprar en la época de la recoleccion esta planta, las utilidades son inmensas. No há mucho murió mi agente en aquella localidad, y estoy mal servido: ¿te encuentras con ánimo para establecerte en Villa-Rica y cuidar de mis intereses?

Tan inesperada oferta estuvo á punto de hacer

brotar en mis ojos lágrimas de agradecimiento; ignoraba la situación de Villa-Rica, las penalidades y trabajos que tendría que pasar: aunque hubiese estado en los confines del mundo, dispuesto cual estaba á todo, le manifesté mi gratitud y aceptación, conviniendo permaneciese algun tiempo en Rosario para enterarme de la marcha de los negocios, evitando prolijas instrucciones cuando emprendiese el viaje. Al día siguiente me instalé en sus almacenes y oficinas, y dí principio á mi aprendizaje, que no habia de ser largo, recorriendo los libros, estudiando la calidad, objeto y naturaleza de las mercancías; y tal celo desplegué, que mi tío no cabia en el pellejo de satisfecho. Atento á mi trabajo, procuraba no traspasar los límites que separaban los almacenes de la casa, á ménos de necesidad ineludible, y esta conducta agradó de tal modo á Doña María, que fué la primera en estimularme con cariñosas frases á ir cuantas veces me lo permitieran los quehaceres; mas prefería siempre recibir sus filípicas á variar un ápice mi conducta; sólo los domingos ó ciertos días señalados de fiesta asistia á su mesa, donde procuraba guardar la mayor reserva y compostura.

Inútil parece advertir escribí á mi principal de Buenos-Aires una afectuosa carta de agradecimiento, manifestándole al propio tiempo mi decisión; contéstome muy cortés, y siempre mantuvimos cordiales relaciones.

Por último, al finalizar mi año de práctica en la expedición y recepción de mercancías, así como de la



correspondencia con las casas de Europa y del país, durante cuyo tiempo demostré bastante aptitud de feliz augurio y estímulo no pequeño para mis aspiraciones, llegó el momento tan deseado y á la par tan temido. Como base para mis primeras operaciones en aquella apartada region, me habia preparado el tio Rosendo una *pacotilla*; dióme cartas para sus correspondenciales en Corrientes y Asuncion, y rico de consejos me separé de aquella buena familia, que casi conceptuaba como mia, pues de la que dejé en España nada supe hasta muchos años después. A las dos de la tarde salia el buque que habia de conducirme; me despedí de todos, coloqué lo mejor posible los bultos á bordo, y dirigiendo mi último adios á la barranca y muelle, que tanto habia paseado durante mi estancia, abandonamos á Rosario.

Al encontrarme por segunda vez solo, entregado á la ventura de una azarosa vida, difícil si se quiere, pues segun mis informes, en el país de mi destino eran frecuentes las luchas intestinas y la guerra civil, no pudieron ménos de oscurecer mi ánimo tristes ideas y penosos recuerdos; desconfiaba de mis fuerzas para llevar á cima la que me parecia tan colosal empresa, hasta el panorama que se desarrolló ante mi vista; contribuyó á mi abatimiento, pues no existe en todo el curso del Paraná punto más desconsolador y triste. A las diez de la mañana siguiente arribamos con toda felicidad á la ciudad de Paraná, á cuyo frente y márgen derecha está situada la de Santa Fé; el espectáculo majestuoso del rio es imponente; el pai-

saje cambia por completo; multitud de islas pueblan aquella inmensa sábana de agua; sobre la orilla derecha y cerca de la desembocadura del río Corrientes, se divisan los humos producidos por los incendios que los indios del Gran Chaco provocan en aquellos bosques seculares por el más fútil motivo ó necesidad; en las islas citadas que costeamos, se descubren seres humanos semi-desnudos; son *monteros*, especie de gitanos que pueblan aquellos húmedos pasajes, viviendo exclusivamente de la pesca y sin trato alguno con sus semejantes.

Llegamos, después de numerosas detenciones, forzadas unas, voluntarias otras, á la ciudad y puerto de Corrientes, que sigue en orden de importancia á Rosario. Aquí termina el dominio de la Confederación Argentina y como á diez y ocho millas abandonamos el Paraná en el sitio llamado *Tres Bocas* y penetramos en el complicado paso del *Cerrito*; de aquí en adelante hasta Asuncion, el panorama es espléndido y ha sido teatro recientemente de horribles y trágicas escenas durante la guerra entre brasileños y paraguayanos.

Llegamos por fin á Asuncion, capital entónces del Paraguay, y anclamos á respetable distancia del muelle; en uno de los infinitos barquichuelos que acto continuo rodearon el buque, me trasladé á tierra dejando para el día siguiente la tarea de desembarcar el equipaje y mercancías que me acompañaban. Me procuré modesto alojamiento y marché á presentarme al corresponsal de mi tío: por desgracia estaba dur-

miendo la siesta, aunque estábamos en primavera; no sabiendo qué hacer, recorrí la población, que no ofrece nada notable; sus iglesias pertenecen á ese género arquitectónico que bien pudiera distinguirse con el nombre de *jesuítico*, pues conocida es la influencia que ejerció la Compañía en estos países durante la dominación española; así es que todos obedecen á un mismo tipo, no muy elegante por cierto. Pasadas tres horas largas, vuelvo á casa del Sr. P... y aún dormía. Es difícil formarse una idea siquiera aproximada, de hasta dónde llevan los paraguayanos las delicias del *dolce far niente*, en especial los hombres, que las han elevado á la categoría de las más altas instituciones, pues las mujeres son mucho más activas y diligentes. Logré por fin hablar con el citado corresponsal de mi señor tío, que con la indolencia propia de los naturales del país, apenas si acertó á darme las noticias é instrucciones necesarias para continuar el viaje á Villa-Rica, pues según me dijo, nunca había estado en aquel punto é ignoraba cómo se podía hacer el trayecto, por más que recibiendo continuamente productos de aquella comarca, conocía muchos arrieros á quienes recomendarme, pues, añadió, he oído decir, que ofrece mucho peligro emprender esa travesía; pero si tiene ánimo, Dios le ayude.

No necesité de más indicaciones; convencido de que sólo debía fiar á mis esfuerzos y datos que pudiera proporcionarme. Me dirigí al muelle con ánimo de desembarcar mi equipaje y la pacotilla, y du-

rante esta operacion, tuve la buena suerte de conocer un italiano jóven y emprendedor, que hacia tiempo se dedicaba á negociar entre Asuncion y la region á que me dirigia y estaba reuniendo sus mercancías, trasportadas de Buenos-Aires en el mismo buque en que habia hecho yo la travesía desde Rosario. Aconsejéme no fuese con los arrieros, que en caravanas numerosas llegan, cuando ménos, hasta Ibitimi, pues se componen en su mayor parte de jugadores de la peor calañia y perdidos de lo más malo del género. No sabía qué partido tomar, pero como exigia una rápida determinacion, resolví ponerme de acuerdo con él y hacer el viaje juntos hasta Ibitimi, donde debia quedarse sin perjuicio de que en este punto me habilitase de medios para continuar á Villa-Rica. Organizamos, pues, nuestros elementos de transporte, que no fué difícil, pues mi compañero conocia bastante el país y nuestras pacotillas estaban compuestas de las mismas mercancías, percales y quincallería inglesa ordinaria y algunos zapatos. La necesidad de la comun defensa en un territorio peligroso de atravesar, á causa de las partidas de malhechores que frecuentaban la sierra de Caapucai, los valores que representaban los bultos que trasportar, todo fué objeto de minucioso exámen y de precauciones infinitas.

Dispuesto todo, emprendimos la marcha una mañana del mes de Setiembre, bajo la accion de un sol saliente que prometia derretirnos; caminamos mucho rato; descansamos en Luque, continuando por las orillas del magnífico y sorprendente lago Ipacurai, po-

blado de gigantesca y variada vegetacion; á la caída de la tarde, descubrimos los tres cerros de Paraguan, semejantes á pilones de azúcar pintados de verde y llegamos con felicidad, muy avanzada la noche, á esta villa, donde habíamos de pernoctar. Curioso espectáculo presentaba á nuestra llegada; el aspecto de las cuarenta y cincuenta casas que la forman es miserable en extremo; en la plaza habia establecida una feria permanente, pero ¡qué feria! Puesto observé con media docena de mazorcas y la vendedora estaba rodeada de dos ó tres rapacines; en las casas podia asegurarse se jugaba á los dados en más de una tercera parte. Tuvimos que renovar la provision de galleta, pues el pan era desconocido á la localidad que sólo se alimentaba de *manioc*; ántes de amanecer, emprendimos la marcha en direccion á Ibitimi redoblando las precauciones, pues debíamos atravesar unos bosques espesos y sombríos situados en la cordillera de Caa-pucaí, que gozaban de mala fama. Afortunadamente nada nos ocurrió digno de mencion, excepto el paso del arroyo Juqueri, donde encontramos numerosos caimanes que nos causaron serios cuidados, consiguiendo llegar sin novedad á Ibitimi.

Como en este punto debia separarme de mi compañero de viaje, nos ocupamos acto continuo en buscar guías y caballos que me cendujeran á Villa-Rica, de la cual me separaban unas quince leguas de muy mal camino; no tuvieron dificultad los mismos que de Asuncion venian con nosotros, con la única condicion de dejarles descansar todo el siguiente dia;

acepté, y muy de madrugada, alumbrados por la luna, continuamos el camino difficilísimo por los muchos pantanos y pequeños lagos, algunos de éstos considerables formados por el Tacuarembó, arroyo Rojo, y el Tebicuan, de los cuales el primero apenas arrastraba agua á la sazón, y esta era la causa del peligro que ofrecían aquellos malos pasos. Cuando dimos vista al Tebicuari-mi, cambió por completo el paisaje; infinidad de *ranchos* formados por chozas miserables, y algun movimiento de viajeros, le prestaban cierta animación. Vadeamos, no sin riesgo, el Tebicuari-mi y llegamos á Itapi, donde fué necesario descansar. Dificil fué encontrar algo que comer, si se exceptúa la sopa y el ya conocido *manioc*, al que no podía acostumbrarme, pues me producía en la boca el mismo efecto que si introdujera una pellada de yeso; por último, después de otro ligero descanso en uno de aquellos ranchos, llegamos á Villa-Rica á las ocho de la noche rendidos de fatiga.

Larga y penosa jornada que no olvidaré en el resto de mis días.

No era Villa-Rica en aquella época lo que es hoy, á pesar de los desastres causados por la guerra entre el Paraguay y el Brasil, pero sí era ya una de las comarcas más feraces de toda la República; sólo le faltaban brazos y vías de comunicación; los naturales son trabajadores, sobrios, de carácter altivo é independiente, hospitalarios para los extranjeros y de sencillas costumbres. Estos guayrinós, cual se llaman, como tienen pocas necesidades, trabajaban á muy

bajo precio, así es que los jornales se pagan muy poco; el terreno de los alrededores y el comprendido entre el Tebicuari y Piraparara es fertilísimo; la caña de azúcar, el algodón y el añil se dan espontáneamente, y sin embargo no se cultivan; el tabaco goza de muy justa fama, y se paga á muy alto precio en los mercados; el arroz podría producir hasta tres cosechas; en una palabra, en esta tierra de bendición, sólo falta una inmigración dirigida con cierta inteligencia, para hacer ricos á sus habitantes y recompensar las penas de los emigrados. Pronto me apercibí de los grandes recursos que ofrecía á mi actividad; no existían casas de banca en su más genuina acepción, y no pudiendo hacerse la compra del tabaco en la época de la cosecha más que á dinero contante, y mi tío me lo había ofrecido, pude abrigar la esperanza de hacer fortuna.

Alquilé una casa que más tarde compré, y empecé mis operaciones á nombre de mi tío, si no en grande escala, al ménos lo suficiente para ganar consideración en la villa y asegurar buenas utilidades. Largo, prolijo, y si se quiere pesado, sería para el lector la reseña de los mil detalles que señalaron mi primera etapa de la vida comercial; luchando constantemente con obstáculos casi insuperables que se atravesaban en mi camino; sosteniendo en mis frecuentes correrías por los alrededores un verdadero pugilato con los naturales, que ignoraban hasta las nociones más rudimentarias del cambio, pues preferían dar el tabaco á ínfimo precio por el placer de recrear la vista en algunas monedas, que acto conti-

nuo venian á gastar en mi casa, facilitándome adquirir mayores cantidades; todo esto, repito, sería de una monotonía enojosa que debo evitar en mi relato. Basta á mi propósito consignar, que durante los ocho años de residencia en esta villa logré, á fuerza de trabajo y constancia, reunir un capital no despreciable adquirido en negocios que emprendí, ajenos á los que representaba de mi tío, como el del añil y la *yerba mate* que cubre la cordillera de Caaguaza, que me produjeron grandes utilidades. Durante este tiempo, hice algunos viajes á Rosario, ya para ciertos canjes de cuentas, ya para asuntos de nuestro comercio; la salud de mi tío se iba resintiendo, y cada vez deseaba con más ahinco dejar la casa, y más le arredraba la idea de una liquidación; por lo demás, siempre regresé satisfecho de la buena acogida que les merecía por mi conducta y honradez. Doña María se mostraba más cariñosa, así como su hija Cármen, ya convertida en una mujer; sobre todo la primera nunca se olvidaba de preguntarme por el único pariente que tenía en Villa-Rica, especie de ogro que pasaba el día bebiendo caña y comiendo galleta de *manioc*.

Cierto día recibí una carta del Sr. P..., de Asunción, anunciándome la irreparable pérdida de mi tío, y la necesidad de mi inmediata marcha á Rosario, donde me llamaban para inventariar y liquidar la casa. Esta noticia, por más que ya estuviese preparado para recibirla, me produjo honda pena, pues se había conducido en nuestras relaciones como un tío amante y cariñoso, y á la vez me obligaba á reflexionar acerca



de mi situacion y del partido que adoptaria, terminadas que fueran aquellas operaciones que el deber más elemental me imponian, y que en realidad sólo yo podia efectuar. Arreglé apresuradamente mis negocios de la mejor manera posible, y marché en direccion de Rosario. Me esperaba en el muelle el dependiente principal, que me dió algunos pormenores acerca de la muerte del amo, añadiendo que la señora estaba inconsolable y ansiaba el momento de verme.

Nuestra entrevista fué en extremo dolorosa; madre é hija lo esperaban todo de mis conocimientos, honradez y afecto, y como es natural, me puse desde luégo á su disposicion, ofreciendo emplear en este trabajo cuanto permitieran mis fuerzas y capacidad.

Después de conceder largo rato á las expansiones propias de momentos tan tristes, me despedí de ellas con ánimo de comenzar la tarea desde el dia siguiente; una y otra me rogaron me quedase en casa, lo que rehusé formalmente, ofreciéndoles en cambio acompañarlas cuantos momentos me dejasen libres los negocios.

No era tan fácil la empresa como parecia á primera vista; habia mi tio, en los años de nuestra separacion, aumentando de una manera considerable sus relaciones con las casas de Europa y Estados-Unidos de América, y su capital estaba repartido de tal modo, que exigia mucho tiempo para conocer su importancia. Me dediqué con febril ardor á tan ruda tarea; habia créditos de difícil realizacion, balances que ejecutar con los corresponsales, poderes que enviar á

Europa para ciertas operaciones; mas al cabo de algunos meses empecé á desenmarañar aquella madeja sin poder todavía apreciar aproximadamente á cuánto ascendía la totalidad.

Miéntas tanto, considero inútil exponer lo mucho que se estrecharon nuestras relaciones de familia, así como tampoco, pues fácil era sospecharlo, que impresionado ya en uno de mis últimos viajes por mi prima, sólo esperaba ocasion propicia de manifestarle mis propósitos; áun no se habia cruzado una sola palabra entre nosotros, pero ya conocia no le era indiferente, y que su madre lo habia adivinado sin oponerse á ello. Ya tenía algunos motivos para conocerla, y así es que dejaba correr el tiempo esperando cualquier accidente que viniese á romper este forzado pero necesario silencio, pues no eran las circunstancias que se atravesaban en aquella casa para ocuparse de este asunto.

Bien sabía yo penetrar en lo más íntimo de su conciencia, y sondeando sus pensamientos en ciertos instantes en que se renuevan recuerdos todavía recientes, conocer por intuicion la lucha á que se entregaba cuando pretendia analizar el presente y adivinar el porvenir; su resentida salud, aquella hija de 22 años expuesta á los azares de la vida, cuando su madre lanzase el último suspiro, sin parientes ni allegados que le mostrasen y hubiesen probado afecto, consideracion y desprendimiento, cual su sobrino; todo esto y algo más, leia en medio de aquel torbellino de ideas que agitaban el pobre cerebro de Doña

María. Si á esto se unen las ilusiones que acariciaba, desde que supe era correspondido por Cármen, se comprenderá el placer con que soportaba tanto trabajo.

Así vivimos más de un año; mi cariño á Cármen no era un misterio, mas no atreviéndonos á confesarlo á su madre, poco ó nada adelantábamos para nuestros sueños. Cuando todo lo tuve concluido, le manifesté á Doña María que si lo deseaba continuaria en casa funcionando, aunque en liquidacion, en nombre de sus herederos, ó bien si preferia se procediese á la realizacion. Contestóme que lo urgente entónces era levantase la de Villa-Rica, no sólo como sucursal de la de mi tío, sino que cediese á cualquier precio cuanto me pertenecia y aprovechase el tiempo, pues á mi regreso me tenía preparada una agradable sorpresa y no tendria motivo de arrepentimiento. La alegría que nos causó esta semi-confesion de la tia, fué inmensa y lo dispuse todo por abreviar el plazo para mi regreso, y único que ya nos separaba de la realizacion completa de nuestros deseos.

¡Cuán diferentes pensamientos me asaltaban al emprender este para mí último viaje, de los que fueron tormento de mi imaginacion, cuando por primera vez me dirigí á Villa-Rica! A mi llegada, empecé á tropezar con dificultades sin cuento, nacidas de la falta de traspaso, poco ménos que imposible en una localidad que carece, por regla general, de metálico y valores sobre otras plazas. El deseo de regresar pronto, fué aguijon suficiente para desprenderme, no sin

pena, pues tantos afanes me habia costado de una parte de mi peculio; respecto á lo correspondiente á la sucursal, realicé por completo su importe, no sin haber empleado cerca de ocho meses en esta operacion. Me despedí de mis numerosas relaciones con gran pena, pues no se pasan impunemente ocho años, los mejores de la vida entre seres que se tiene la evidencia no se han de volver á ver. Durante el viaje de regreso, admiré más que en ninguna otra las indescriptibles bellezas de los rios Paraguay y Paraná, mas como mi objeto no es describir estos lugares que pobre y miserable me vieron llegar y de los que conservaré eterno recuerdo, no me detengo en bosquejarlos. Sólo si me permitiré relatar un episodio ocurrido durante la travesía, porque prueba cuán voluble es la suerte y lo poco que puede fiarse en ella.

Paseaba sobre cubierta entreteniendo el ocio á que me condenaba la navegacion y conmigo algunos otros pasajeros; uno de la tripulacion, cuyo aspecto indicaba ejercer su oficio en los depósitos de carbon, se dirigió tímidamente á mí preguntándome si era español de Astúrias; á mi contestacion afirmativa, manifestóse en su oscuro rostro una grande y mal contenida emocion, pues los sollozos apénas le permitian pronunciar una palabra.

—¿En qué tiempo vino V.?—me dijo.

—En 18... y me embarqué á bordo del bergantin *Nuestra Señora de los Angeles* en el puerto de Lavise; soy hijo de fulano.

—Entónces—exclamó echándome los brazos al cuello—eres X.

—Sí; ¿y tú, á quien no reconozco?

—Los años trascurridos, que no son pocos, las vicisitudes de la vida errante y aventurera, los rigores de la fortuna, todo ha contribuido á desfigurar á tu compañero de emigracion. Soy... era de mi aldea... y en esta bendita tierra, yo lo he sido todo, limpia-botas en Buenos-Aires, ganadero en la Pampa, voluntario en la frontera y ahora fogonero de este vapor; me pareció conocerte, mas como viajas en *primera*, dudé y desde ayer aguardaba ocasion de hablarte. Veo con gusto, pues no soy envidioso, has sido más afortunado que los restantes compañeros del bergantín, si se exceptúa, entre los que he vuelto á ver, á M... era el sobrino de D. Tiburcio, que quedó en Buenos-Aires y hoy es dueño de la platería por haberse casado con la hija del amo, y aunque no puede pasar por rico, al ménos no arrastra esta mísera existencia. Mis ilusiones, durante los años que llevamos en este país, han consistido en reunir el importe del pasaje para volver á la aldea; allí siquiera se vive en familia, y como he pasado la edad de las quintas, sólo ansío regresar á la madre patria y á la querida Asturias.

Conmovo le ofrecí ayudarle, dile mis señas en Rosario y nos separamos.

—Hé aquí—dije, cuando me encontré solo en mi litera—llegado el dia del *sorteo* de aquella lotería, y... no hay duda, me ha correspondido el premio mayor y á mi amigo M. el inmediato... los restantes, pueden romper sus billetes, pues difícilmente volve-

rán á tocar en las playas asturianas. ¡Cuánto desengaño! ¡Cuánta muerta ilusion!

Llegué á mi querida Rosario, ¿por qué no llamarla así, si abrigaba cuanto en aquellos momentos constituía mi dicha presente y venidera? Me esperaban con verdadera ansiedad, pues mi tia estaba enferma, aunque no de gravedad, y Cármen no se separaba de su lado. Después de haberme recibido cariñosa en sus brazos:

—Hijo mio—me dijo—mucho te debe esta vieja casa de comercio en la que te has conducido cual hombre honrado y leal, contribuyendo á su engrandecimiento en cuanto de ti dependió; mi pena en estos momentos es tanto mayor, cuanto no poseo con qué pagarte servicios que no se cotizan.

Cármen y yo nos miramos de esa manera... con que sólo los que se aman saben hacerlo,

—Há tiempo—continuó—conozco, ¿qué no adivina una madre? vuestras inclinaciones y deseos, y si queis que mi dicha sea completa en los cortos dias que me restan de vida, amaos, uniros y ser benditos en Dios, cual lo sois en la conciencia de vuestra madre; ¿acceptais? pues sed el uno del otro.

Cármen, roja como amapola en campo de trigo, cayó en mis brazos; yo, trémulo, humedecí con mis lágrimas su purísima frente, y ambos nos arrodillamos ante el lecho para recibir la santa bendicion de nuestra madre.

La convalecencia de la enferma fué larga, y cuando todo lo tuvimos dispuesto, nos casamos con gran

satisfacción de amigos y conocidos; tomé el nombre de la casa emprendiendo los negocios en grande escala, pues disponía de un capital considerable, crédito ilimitado en las plazas de Europa y América, y la práctica que tenía adquirida, era una garantía para el porvenir. Esta resolución llevaba consigo la ineludible condición de establecernos en el país, y así lo decidimos; todo me sonreía, excepto cuando pensaba que mis padres habían muerto y mis hermanos continuaban tan pobres como siempre, según el señor cura de mi aldea me anunció al remitirme los *papeles* para el casamiento. Contestéle enviando fondos para aliviar la miseria de mis hermanos, anunciándole al mismo tiempo mi resolución de continuar trabajando en aquel país donde tantos intereses poseía.

Así continuamos cuatro años, aumentando nuestra dicha dos hijos, encanto de sus padres y delicias de la abuela; al cabo de este tiempo Dios llamó á ésta á su seno dejándonos un vacío, que sólo la presencia de aquellas criaturas, pedazos desprendidos del corazón, y la conformidad cristiana, podían hacer llevadero. Mucho lo sentimos y lloramos, mas cumplidos cuantos deberes nos imponía el cariño á la que fué nuestra madre, que al separarse para siempre de nosotros rompía el único y sagrado lazo que nos ligaba á aquella tierra, donde mi Cármen hasta de parientes carecía, decidimos en consejo de familia trasladarnos á Asturias. Contribuyó bastante á esta resolución el cansancio, que ya experimentaba en aquella vida, el aliciente de volver á la querida patria donde

se ofrecia ancho campo á mi actividad y colocacion de nuestra fortuna. Adoptada de comun acuerdo, empecé á prepararlo todo para proceder á su realizacion. Desgraciadamente, y ya lo habia previsto, no era tan fácil esta operacion cual exigia nuestra impaciencia; la liquidacion de una casa de aquella importancia, trae consigo una multitud de negociaciones en su mayor parte á largo plazo; casi todo el activo lo tenia en especies y mercancías; era necesario cambiar por letras sobre Lóndres, y no se hacen en un dia los descuentos de valores en circulacion por otros corrientes y de fácil cobro. Me dediqué á ello con la actividad é interés que me inspiraba una decision tan grata á mis deseos, logrando realizarlos á los dos años de lucha y trabajo.

Nos trasladamos á Buenos-Aires, donde tuve el gusto de visitar la primitiva casa en que servi tanto tiempo y á cuyo frente estaba el hijo mayor de mi principal, que habia muerto; tambien vi á M... en su platería decidido á no abandonar el país; por último, tomamos pasaje en un magnifico vapor que habia de conducirnos á Inglaterra, á fin de cobrar las letras que llevaba sobre Lóndres y conocer esta capital. Cómoda y feliz fué la travesía, y más de una vez recordé con pena la que hice de jóven en direccion opuesta.

No llamó gran cosa nuestra atencion Lóndres; el hábito contraido del trabajo contrastaba con la holgada vida á que brindaban desconocidas distracciones sin atractivos para nosotros; así fué que cuando logré



realizar los valores que poseia en cartera, nos dirigimos á Paris, cuyos encantos no fueron bastantes á seducirnos, y después de pocos dias de estancia nos trasladamos á Burdeos, donde habia de quedarse la familia miéntras me adelantaba á reconocer el país donde nací. Me embarqué para Santander con trasbordo para Gijon, desde cuyo puerto me dirigí á mi aldea.

¡Cómo describir la impresion que me produjo la vista de aquel teatro de mis correrías en la edad primera, cuna de risueños proyectos, sepultura de mis padres, y probablemente de mis huesos! Cuánto habia cambiado las cosas el tiempo implacable y terrible. Apénas si se contaban media docena de vecinos ancianos, á los que recordé y que me reconocieron cuando á la noticia de mi llegada, quizá más por curiosidad que por afecto, fueron á verme á casa del Sr. Cura, donde me alojé y que era el sucesor de aquel venerable que bendijo [nuestra partida. Cuando preguntaba por alguna persona ó accidente de mis juveniles años siguiendo el hilo de mis recuerdos, nadie me daba razon; emigrados unos, muertos otros, me parecia estar en tierra extraña; aquella aldea en nada se parecia á la que mi imaginacion no habia olvidado; árboles seculares que habian desaparecido; caseríos vecinos al de mi padre, hundidos ó abandonados, todo demostraba el paso de un azote que habia devastado aquellas verdes praderas, aquellos campos de maíz, aquellas pintorescas casitas que fueron testigos mudos de mi abandono, cuando la miseria del hogar paterno me expulsó á tierra extranjera.

### III

Un tanto mohino y algo descorazonado marché á Burdeos, preparamos el viaje y regresamos instalándonos en Oviedo, donde fuerza era esperar el resultado de mis primeras gestiones para la adquisicion de aquel pedazo de tierra sagrado á mi corazon, y casi necesario á mi existencia. El propietario, que gozaba de menguada renta, la empleaba en darse tono de *gran señor* de añosos pergaminos, é infulas de noble y antigua alcornia. Sus veladas las destinaba al Casino, el dia al arreglo de su persona; imposible encontrar hora propicia para tratar de negocios. Mi llegada á la capital, de la que ya tenian conocimiento por alguna de las mil trompetas de la fama, le puso á la defensiva para estudiar mejor el negocio; la primera vez que conseguí verle en su casa recibíome con la cortesía de hombre bien educado, mas con el ademan del que trata con siervo manumitido; recordó era hijo de fulano, felicitóme por mi buena suerte con el acento de envidia no disimulada, y me preguntó en qué podia servirme; no me extrañó recepcion tan desdeñosa, acostumbrado desde mi niñez á sufrir humillaciones de las que su mismo abolengó obligaba á la cortesía; hícele presente mis pretensiones, pidióme plazo para decidir y encomendarme para lo sucesivo á su mayordomo con más leyes que Licurgo y más arterías

que Rinconete. Era el tal de repugnante aspecto, súcio, de ruin cuerpo y alma atravesada; fiel ejecutor de las disposiciones de su amo, á las que añadía alguna de su cosecha, me llevó y trajo cual pandereta de bruja de Herodes á Pilatos, sin que pudiese adivinar el espíritu que animaba á aquella alimaña. Ponderábame la feracidad del prado, la situación de la aldea, la honradez de los colonos, su subordinación y celo en el pago de la renta, como aquilatando cual capital que debiera añadirse al representado por el terruño estas buenas cualidades; hacia valer mi necesidad y gozo por adquirirle para aumentar su precio, elevaba á las nubes el cariño de su señor á aquellos bienes que siempre figuraron en la casa, y de los que sólo se desprendía forzado por las circunstancias; si me mostraba arrepentido de mi gestión, redoblabá sus esfuerzos, esgrimía el arma de mis riquezas sublevando mis recuerdos, logrando restablecer el equilibrio de nuestras relaciones.

Al fin conseguí, merced á mis dadivosas ofertas, la promesa de resolver favorablemente en principio mi solicitud; mas aún tuve que apelar á otros recursos; bien sabía el estado á que habían reducido al propietario sus devaneos; la plaza estaba atestada con sus pagarés irrealizables, cual acontece llegado el momento álgido de la penuria; me hice de algunos, aspirando á recoger los restantes; no amenazaba, y cun-diendo la noticia de estos endosos, disminuyeron las pretensiones y resistencias, que sólo nacían del deseo de lucro y allané dificultades que parecían imposibles

de vencer. Logré, por último, penetrar en el dédalo del archivo, llevado por aquel fiel servidor, acompañado de su jurisconsulto que debía revisar los títulos de propiedad; inconcebible parecería al que se le contase y no hubiese tenido ocasion, cual me acontecia en aquellos momentos, el estado que ofrecian; dudoso origen, ilegalidades sin cuento, faltas de procedimientos elementales que la sancionaran; sólo el *Deus ex machina* de la secular posesion *visto y conforme* por el Registro de hipotecas, constituian en último resultado la legitimidad del foro.

Cumplidas las formalidades de derecho y previo pago de cinco veces su valor por el delito de ser *indiano*, empezó para mí la segunda estacion del Calvario, que me estaba reservado por la Providencia. Posesionado legalmente de lo adquirido, me trasladé á la aldea para dar principio á las obras que proyectaba; carecia de plano y sólo estaba fija en mi mente la idea de restablecer el caserío de mis padres, conservando el *hórreo* que tambien sería reformado y con tenaz empeño me dediqué á trasformar aquella ruin morada segun las necesidades de la vida moderna, cual correspondia á mi familia y posicion. No escaseaba el dinero; grato entretenimiento me ofrecian las obras; deslizábase el tiempo y la muralla, pues tal nombre merecia, con que rodeaba mi quinta, se elevaba majestuosamente á altura desconocida á los naturales. Cierto es; pagaba los jornales más caros, los ladrillos y maderas á precios fabulosos, pero el placer que experimentaba al ver ya delinearse la fachada y

sobre todo una *solana* monumental, me compensaban hartamente los desembolsos que exigieron.

La fiebre de las obras se apoderó de mí, quise y conseguí tener jardín con ricas fresas y espalderas de frutales; es más, pretendí crear un invernadero con plantas tropicales, que me recordasen los lugares que tanto me favorecieron; aspiré á poblar de animales de igual procedencia el recinto murado de la casa para recreo y encanto de la vista, y cuando todo estuvo terminado y las habitaciones vivideras, celebramos nuestra instalacion en el lugar deseado con una modesta fiesta de familia, á la que sólo asistió el señor cura. La quinta ofrecía un punto de vista para mí encantador, compuesta de ladrillos simétricamente colocados y alternando en sus lechos de mortero, presentaba caprichosos salientes, luces primeras en todas las habitaciones atravesando un sinnúmero de cristales que con profusion brillaban á los primeros rayos de la alborada; puertas y ventanas prodigadas en todo el edificio, permitian gozar del puro ambiente, pero tambien, cual más tarde nos convencimos, fueron manantial fecundo de enfermedades. Destacábase cual fué siempre mi intento, en primer término y al costado derecho de mi quinta, formando juego con la opuesta capillita el *hórreo*, no aquel de que hicieron uso mis antepasados, sino el levantado á mi costa, limpio y con cabos azules con sus soportes de piedra en forma piramidal y su elegante techo á cuatro aguas.

Como no tenía aplicacion, le destiné á granero, compré ramaje y por ende construí cuadra donde al-

bergaba un famoso tronco de mulas, envidia de mis convecinos.

Terminadas las obras, mi actividad necesitaba expansion; recorrí la comarca, que tan joven abandoné, estudié de cerca sus necesidades, que no eran pocas, recordé la miseria de mis padres entregados cual todos á la rutina de procedimientos agrícolas que apenas si le permitieron salir del dia; enardecíome el deseo de ser útil al país, y como los recursos no me faltaban, emprendí, lleno de celo, la construccion de un molino utilizando las aguas del arroyo que atravesaba mis propiedades y que infructuosamente iban á engrosar las del próximo riachuelo, sin perjuicio de ensayar nuevos cultivos y aclimatar semillas, que en mi concepto reclamaba el suelo.

Mencion especial merece el expediente á que da motivo el intento de construir un molino aún cuando no merezca, cual acontecia con el por mí proyectado, el nombre de fábrica de harinas; no, no eran estas mis pretensiones ni el caudal de aguas, pobre en demasía, ni el consumo de la localidad permitian tanto. Me informé de lo prevenido en la legislacion vigente, dirigirme á un esperto de los alrededores que me trazó unas cuantas líneas que para mí eran un logogrifo, y acompañadas de un memorial ó solicitud al Gobernador de la provincia, fué objeto de una primera devolucion por no estar el plano suscrito por ingeniero con título; cumplida esta formalidad, volvió al alcalde del concejo con decreto marginal para que en union de los mayores contribuyentes y veci-

nos interesados de la parroquia informasen lo que *hubiese* y pareciese en justicia. Favorable al principio creí este informe, pues la necesidad de semejante artefacto se hacia sentir en dos leguas á la redonda; por desgracia empecé con este incidente la tercera estacion de aquel Calvario ya mencionado. Los propietarios y colonos ribereños, lo mismo de aguas arriba que de abajo, se oponian por temor á inundaciones, desperfectos en los predios y servidumbres que se establecian, todos tenian derecho á exponer sus quejas y consignarlas en el expediente. Así retornó al Gobierno aumentadas en número considerable sus fojas, y precedido de otro decreto pasó al ingeniero jefe de la provincia: éste no encontró acertada la cota de la presa ni su direccion, y ordenó se reformase el plano disminuyendo aquella algunos centímetros y la segunda en un corto número de grados con relacion á la corriente. Así se hizo y comenzó la peregrinacion del expediente, que ya abultaba cual libro en folio.

Por último, precedido de informe en el que figuraba la frase sacrosanta de *sin perjuicio de derecho*, marchó á Madrid y penetró en el Ministerio de Fomento; le seguí; tenía interesado el amor propio y sin reparar en gastos, ni en la separacion siempre penosa de la familia, me trasladé á la Corte. Procureme algunas relaciones en aquel centro; diariamente asistia al negociado donde habia de fallarse aquella *causa* de utilidad pública, y el expediente sin duda por lo pesado, no se movia; unas veces el Jefe de la

Seccion, otras el de negociado, cual pelota de goma, merced á alguna influyente persona que me protegia, me obligaban á recorrer todas las mesas por donde pasaba el cuerpo del delito sin conseguir solucion, pasando los dias en claro, ya porque no habia despacho, ya porque S. E. estaba en las Córtes, ya... pero ¿á qué cansar más? Aderezado, vestido de limpio y acompañado de mis deseos, fué á manos de la Junta consultiva; por desgracia habia acumulado otros muchos que gozaban de mayor antigüedad, y fué necesario esperar con tranquilidad su ascenso, segun el órden establecido. Al tocarle su turno, encontró aquella respetable corporacion algunas imperfecciones en el plano, y reformadas cotas y direccion por segunda vez, volvió á deshacerse lo andado, para que el Director general de Obras públicas propusiese lo más conveniente. Así lo hizo devolviendo el original al punto de partida, á pesar de que en este juego de lanzadera se habian invertido catorce meses, tiempo excesivo, si se tiene en cuenta que por mi parte no escaseé la diligencia por su pronto despacho, y me auxiliaban ya personalmente, ya por medio de cartas, algunos personajes que gozaban de posicion é influencia.

Tentado estuve de condenar al averno, la tan desgraciada idea de realizar aquella obra; mas la negra honrilla por un lado, y el convencimiento de su utilidad por otro, apagó los fuegos de oposicion que en el ánimo atizaban tanta y tanta contrariedad legal.

Rehiciéronse los planos en justa obediencia á las



prescripciones científicas, y ocho meses después apareció en la *Gaceta* la Real orden deseada. Empecé con verdadero entusiasmo este trabajo; un centenar de obreros tenía empleados á mis expensas, y entretenían mis ocios; procuré desde el primer momento no escatimar el valor de los jornales: la mayor parte eran hijos de la parroquia, y gozaba en asegurarles durante un plazo largo el pan de cada día. Cuando ya el machon de la presa estaba á punto de terminarse, el canal de conclusion abierto y el edificio para cubrirse, recibí el primer interdicto del Juzgado, previéndome suspender las obras ínterin se resolvía en justicia. La demanda habia sido presentada por quien más favores habia recibido de mí, y estaba fundada en la direccion de la presa, que perjudicaba á su entender las tierras limitrofes; imposible de dirimir la contienda, puesto que no me era lícito variar el trazado impuesto por orden superior de una Junta compuesta de hombres de ciencia y aprobada en altas regiones. Este conflicto, cuarta estacion de mi calvario, fué para mí origen de disgustos y gastos muy superiores al desembolso que hubiera exigido la construccion del molino; no me desanimé, marebé á Oviedo, y con una paciencia y confianza en la justicia, que bien merecia premio, llevé á feliz termino aquel pleito que entorpeció la realizacion de mis deseos más de lo que habia figurado en mis cálculos.

Miéntas tanto, y por vía de ensayo, intenté con éxito prodigioso, el establecimiento de prados artificiales introduciendo semillas forrajeras adecuadas al

clima y al suelo; desterré el maíz de mis siembras por no conceptuarlo propio para el cultivo en estas tierras, fomenté el arbolado, establecí granjas y establos para el ganado con tan provechosos resultados, que estaba orgulloso de mi iniciativa, no por la renta, que era para mí insignificante, sino como estímulo en el país por emanciparse de la rutina tradicional que viene imperando en los caseríos asturianos hace muchos años. Pero mi sorpresa fué grande, al ver que en lugar de imitar mis procedimientos se burlaban de ellos, me conceptuaban como un sér estrambótico y raro, que me atrevía á luchar con la naturaleza, *con lo que Dios da* cual repetían, y con los hábitos y costumbres á que habian obedecido de padres á hijos en larga serie de generaciones. No bastaba mostrarles la gran diferencia que existia entre la riquísima manteca obtenida con la leche de mis vacas que pacian en prados donde vegetaban semillas nutritivas y ricas en sales propias al objeto, tampoco penetrarles al paladar las carnes procedentes de animales criados bajo tinglado en invierno, y era inútil, por último, argüirles presentándoles muestras de maíz del Mediodía ó Levante para su comparacion con la miserable *panolla* del país. Tiempo perdido; á la mañana siguiente se habian olvidado mis consejos; volvíase de nuevo á la tarea comenzada, y así se deslizaban los dias sin provecho ni utilidad para alguno.

Hice aún todavía más en beneficio de los que conceptué infelices; sabiendo eran víctimas de la más irritante usura, sobre todo, durante el invierno, ofre-

ciles harina de maíz y de tercera procedente de Castilla á coste y costa, sin lucro alguno por el capital empleado; al principio me bendijeron, pues notaron una baja considerable en los precios, y como fiaba en su promesa de pago en la buena estacion, todos fueron plácemes y vitores.

Al llegar la época del vencimiento, excusábanse unos con la mala cosecha, otros con deudas anteriores, y hasta hubo alguno que se atrevió á decirme no debia como *indiano* exigir el reintegro, pues *para eso era rico*, y que si lo hacia con tal apariencia de bondad, ya habria razon y *tanto por ciento* de por medio. Compadécime, y renuncié al papel de filántropo; empezaba á hacérseme insorportable la vida de aldea; mis hijos necesitaban conveniente educacion, resolví trasladarnos á Oviedo, donde compré casa, reservándome pasar los veranos en la quinta; propósitos vanos; pronto fué necesaria resolucion más radical.

Un dia me comunicó el Juzgado por oficio de alguacil citacion á comparecer en sus estrados para responder á una demanda presentada en contra mia, asistí á la hora citada, y cuál no sería mi sorpresa, al saber se trataba de pretendidos derechos á una parte de mi propiedad que carecia de amojonamiento; se ventilaba escasamente un cuarto de dia de bueyes. Cansado de litigios, de buen grado le hubiera cedido, mas ni esto se me permitió; era necesario que la justicia brillase cual resplandeciente sol, y siguiese el curso marcado por la ley de procedimiento civil, con su inevitable cortejo de pedimentos, vistos y conside-

randos. Lucian en los primeros su claro ingenio los Abogados, demostrando ambos la justicia que asistia á los dos contrincantes con citas de leyes que debian, segun mi pobre criterio, conceptuarre caducadas con esfuerzos de elocuencia, que más tarde se traducian en *minutas* de procurador, con rasgos atrevidos y contundentes que parecian, dada la briosa actitud con que los lanzaba á los Magistrados, habia de dejarlos yertos en sus sitiales, y estupefactos de admiracion. Perdí el pleito, y por tanto el pedazo de tierra y el dinero gastado en la tramitacion; mas no fué esto lo peor, sino que el favorecido por la ley, estimulado por el éxito obtenido, intentó por medio de demanda revision de mis títulos de propiedad.

No llegó á tanto mi paciencia, dejé plenos poderes á un Abogado autorizándole para todo, y harto de tanta contrariedad, me establecí en la Corte, aplazando para mejores tiempos recordar en mi aldea los primeros años de mi vida; bien hubiera deseado sepultar mis restos al lado de los de mis padres; pero no me encontraba con fuerzas para luchar en el último periodo de mi carrera con elementos tan complicados como de difícil trasformacion. Cuando en el hogar extraño, impuesto por la necesidad, y ajeno á mis gustos é inclinaciones, al amor de la lumbré y rodeado de mi familia, paso revista á los acontecimientos que forman la trama de mi vida, y medito sobre el papel que he representado en la escena del mundo social, aménguase mi ánimo, ciérranse los horizontes, oscureciéndose al contacto del ideal creado,

reduciéndose á los límites que sabia naturaleza impuso á los efectos del corazón, á las fibras del sentimiento, á la agonía de las pasiones, y á esa lucha por la existencia que engendra la necesidad de dar sombra á nuestros hijos, amparo á su madre y noble ambición de asegurar su porvenir.

La miseria me expulsó de la aldea, y mi presencia en ella como *indiano*, creó el vacío en mi alrededor. Triste y desdichada situación, nacida de antagonismos sociales é intereses opuestos, que sólo el progreso de los tiempos harán desaparecer!

---

## CONCLUSION.

---

La coleccion de bocetos que representan los tipos más pronunciados de la emigracion asturiana, queda incompleta; faltan muchos dignos de figurar en esta galería de estudio, entre los cuales merece especial mencion el del que emigra sin salir de la provincia y cambia completamente su manera de ser cuando se trasplanta del lugar donde nació. No fué nunca mi objeto trazar el gran cuadro que ofrece esta epidemia provincial, cuyos síntomas varían segun las localidades, agrupando los personajes, amoldando sus figuras y actitudes al asunto, dándoles el tono y color que requieren para poner en relieve á la vista del observador los progresos del mal y sus consecuencias. Semejante empresa es muy superior á mis fuerzas; he limitado mis aspiraciones y deseos á trazar perfiles y contornos, con líneas blancas sobre fondo negro, sin veladuras ni retoques estudiados de pincel que produzcan efecto; no habré estado muy feliz en la eleccion, pero la juzgo suficiente para el limitado fin que me propuse cual indiqué al principio.

No defiendo ¡cómo habia de defenderlo! que para hacer fortuna el emigrado, necesita tener un *tio en*

*Indias*, cura influyente y rico ó un D. Dionisio, protector decidido de sus paisanos; no, lo que intenté con más ó ménos acierto, es probar que estas *excepciones* deben su éxito á causas ajenas á la misma emigracion; que exigen un concurso de circunstancias tales, que, traducidas á otras compatibles ó adecuadas al medio en que crecieron y de igual valor, hubieran dado idénticos favorables resultados sin necesidad de pasar por la *hiler*a de privaciones y desdichas que constituyen los horizontes del cuadro. Tampoco exijo en los tipos, cual observarse puede, gran inteligencia y profundo conocimiento de la sociedad. Sin embargo de que *ningun tonto medra*, les basta su trabajo, abnegacion, algunas humillaciones que arrostrar y un olvido absoluto de sus más imperiosas necesidades, pero estas cualidades adornan casi siempre á todo emigrado y no consiguen, por eso los infelices, ni el lucro, ni la recompensa que otro cualquiera de sus compañeros, por carecer de aquel voluble y caprichoso auxiliar, la suerte, disfrazada por mano amiga que ayuda á levantar al caido, prestar sombra al que la ha de menester, y estas cariñosas y protectoras manos y estas sombras de poblado árbol, no son comunes á la masa general que vegeta cual planta sin riego, gasta las fuerzas de su organismo, consume la vida en ruda tarea y termina en el panteon del olvido sin prestar siquiera ejemplo á los que pronto han de sucederle en la comun desdicha, pues todos poseen el sagrado fuego de la esperanza, alimentado por el calor de las candentes ce-

nizas de su miseria que en el hogar paterno se conservan.

Si posible fuera, y lo será algún día, cuando desaparezcan las causas del fenómeno analizado, sumar las fuerzas gastadas en estériles luchas y territorio extraño, en busca de un fantasma que la imaginación de dos padres crea por la febril ansiedad de los que serán pedazos de su corazón abandonados á la merced de los ciclones de la suerte, y se aplicasen sólo aquellos heroicos esfuerzos que para conservar la vida hacen, encontrar la resultante, que representaría el aumento de riqueza y bienestar en la provincia que abandonan, espantaría el resultado obtenido, calificandose cual merece una determinación que desampara al que la emprende y nada utiliza al que la consiente.

Refórmense las leyes si necesario fuese en armonía con lo que exige el desarrollo y progreso de los tiempos presentes, que no sólo influirán matando en germen el parásito, causa de la epidemia social, sino que mejorarán las costumbres públicas y la moral de la familia. Cuando en ruín caserío, apenas suficiente á alojar un matrimonio durante sus primeros años, la necesidad obliga á convertirle en albergue insuficiente á numerosa prole; desprovistos de los más indispensables muebles, careciendo de camas, durmiendo en miserable jergon sin distinción de sexos ni edades, ¿cómo pueden exigírseles las virtudes que más combaten la concupiscencia y la tentación al mal? ¿Cómo acusar de inmoralidad precoz, hija de predis-



puesto temperamento é idiosincrasia especial, el primer fulgor de la resplandeciente juventud que aparece despertando los sentidos aún ignorantes, acariciando con sus brisas torpe organismo, compuesto de miembros entumecidos por el trabajo ó atrofiados por el ocio, pero que sienten el *ser* á los primeros contactos de los rayos bienhechores, si el sueño es común y en el mísero lecho se realiza? El vagar por los campos, el cuidado de los animales que pacen, el viaje al próximo mercado, la vuelta del *fiar*, el regreso de la romería, ocasiones son todas que no se ofrecen allí donde la vida rural reviste otros caracteres, la propiedad ampara y estimula el trabajo, la subdivision de la familia ofrece campo á la actividad de la nueva pareja y alienta la union de los prometidos, sin entregarlos, cual ahora acontece, á las consecuencias de un momento de olvido.

Ofrezco, si cuento con vida y el aliento no me falta, ocuparme con más detenimiento del estudio de esta enfermedad, sus causas determinantes, síntomas y remedios más eficaces para su desaparicion; cuento para ello con voluntad, deseo de corresponder á la hospitalidad recibida y la necesidad de cumplir con un deber que me impone la conciencia siempre ineludible en un alma agradecida.—VALE.



## INDICE



Prólogo de D. Leopoldo Alas.....	V
Dos palabras al lector.....	XI
Angel, mozo de café.....	1
Benito S., aguador.....	29
Pascual, agente zurupeto y cobrador.....	55
El Sr. D. Fabian Fabianes y de las Cuestas altas.....	71



## ERRATAS

Página.	línea.	dice	debe decir
14	9	declinaban	le inclinaban
17	19	ntimidad	interinidad
20	30	su especie	en especie
23	17	númen	número
26	15	onjeo	origen
id.	25	sin	mi
31	12	calamiseras	calamieras
32	1	furadas	ferradas
34	5	ovillo	orillo
id.	27	cuarta	cuesta
35	5	téntalos	tentáculos
id.	28	noderno	roderno
36	29	prumarada	pumarada
37	17	de las parroquias li- mítrofes la ocupa el clero	) la ocupa el clero de las parroquias limitrofes
40	9	torvo	
47	18	curada	cerrada
82	23	Goniti	Goriti
119	última	ramaje	carruaje
123	10	conclusion	conduccion

